



Refugio Barragán de Toscano

La mujer mejicana
y
Una boda en Tuxpan

El digital que ahora tienes en frente estimado lector es una transcripción lo más fiel posible a los originales y que llega a sumar al PROYECTO REFUGIO BARRAGÁN DE TOSCANO el cual desde 2016 tiene el firme objetivo de acercar a los lectores la obra de la escritora decimonónica Refugio Barragán de Toscano sin más pretensión que la de contribuir a darle visibilidad a una zapotlense¹ cuya obra es fundamental para entender la historia de la mujer en el oficio las letras jaliscienses y mexicanas.

Los títulos que conforman este librito son *La mujer mexicana* y *Una boda en Tuxpan* que aparecieron por primera vez en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*² (1881) “estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales (...) obra dedicada a la mujer por la mujer / redactada por las más notables escritoras hispano americano lusitanas”. La finalidad de ambos textos era presentar a los lectores de habla hispana un retrato de la mujer mexicana y de algunas de las costumbres del país.

1 Refugio Barragán nació en Tonila, Jalisco, sin embargo vivió muchos años, distribuidos en tres temporadas, en Zapotlán el Grande además de que su obra más representativa fue escrita en este municipio del sur de Jalisco.

2 *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* / bajo la dirección de Faustina Saez de Melgar; ilustrada por Eusebio Planas.

DOS PALABRAS

Habiendo sido invitada por la señora Faustina Sáez de Melgar, española, residente en París, para escribir algo sobre la mujer en Méjico y costumbres del país, voy a ocuparme, aunque ligeramente, de algunos detalles sobre tan delicado asunto, con el fin de complacer a tan ilustrada señora y de coadyuvar con un pequeño grano de arena a la interesante obra *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas, pintadas por sí mismas*.

Esta muy lejos de mí la pretensión de juzgarme capaz para desempeñar como se debiera tan honrosa invitación; cortos, muy cortos son mis conocimientos; mi inteligencia demasiado oscura para tratar de nivelarme a las distinguidas escritoras, cuyos nombres brillan en la presente obra como engastados brillantes, y cuya pluma llena de ternura y sentimiento, ofrece a cada momento a los ojos del lector cuadros descriptivos que encantan; panoramas bellísimos cuyos colores deslumbran; hechos sublimes en que la mujer, trazada con las más exquisita sensibilidad, aparece en el lugar que le corresponde por sus virtudes; episodios terribles, en que esa misma mujer, protagonista del vicio, se ve colocada en la pendiente del crimen, desempeñada en el abismo de la degradación y causando horror a la humanidad entera.

Refugio

LA MUJER MEJICANA

I

CLIMA, SITUACIÓN, FERACIDAD DE MÉXICO. -LA MEJICANA CONSIDERADA FÍSICA Y MORALMENTE. -COSTUMBRES INDÍGENAS Y COSTEÑAS

Antes de dar principio a un asunto tan delicado como el que me ocupa, antes de que mi trémula mano bosqueje a la mujer, mujer tantas veces calumniada, denigrada y aplaudida por su enemigo apasionado el hombre, quiero hacer una ligera reseña del clima, situación y feracidad de Méjico. Del bello país donde mis ojos miraron la luz primera, donde mi corazón latió al impulso de una aura siempre pura, donde mi alma recogió los primeros gérmenes de su inspiración, a la luz de limpios y dilatados horizontes, envueltos en el perfume dulcísimo de las magnolias, jazmines y tulipanes; donde mi frente, abrasada por el calor de los trópicos, se ha extasiado tantas veces en la contemplación de un cielo siempre sereno, en cuya bóveda azul, diáfana y limpia, se ve surgir, entre millares de rutilantes estrellas, la luna, esa eterna compañera de la noche, cuyos trémulos rayos al caer como cascada de plata sobre las altas montañas de Sierra-Madre o sobre los tupidos bosques de mangles, cocoteros, parotas y ceibas, presentan a los ojos imágenes risueñas y tranquilas que aletargando los sentidos elevan el alma a la contemplación de su Divino autor.

Muchos de mis compatriotas y muchos ilustrados viajeros se han ocupado en detallar las bellezas del continente americano. Los unos, como hijos, le han hermoseedo hasta lo sublime, y con justa razón, porque todo lo que amamos tiene cada día nuevos y poderosos encantos para nuestra alma: los otros le han admirado, porque no cabe duda, que la mano del Omnipotente ha sido

pródiga en dones para nuestro suelo.

Pero si otros se han dedicado a hablar del continente en general, yo me limitaré a tratar exclusivamente de la tierra donde el poderoso Moctezuma ostentó la grandeza de su vasto imperio.

Méjico, llamado antiguamente país de Anáhuac, por hallarse cerca del agua, está situado entre la zona tórrida y la templada del norte.

Las brisas del Pacífico y del mar de las Antillas le acarician constantemente en un lecho de flores, donde arrullan su sueño pintados faisanes, mulatos de plumaje negro, clarines, alondras y colibrís.

En su suelo se encuentran riquísimos minerales de oro y plata, altas montañas, lagos rizados, sobre cuyo terso espejo se deslizan las bandadas de patos de variado plumaje y se transparentan las garzas y los ánsares, que cruzándoles de orilla a orilla, baten sus pesadas alas, haciendo con ellas al volar un ligero zumbido que se armoniza con el gemido tierno de las ondas.

La situación en que se encuentra colocado hace que el clima que en él se disfruta sea variado, notándose con mucha frecuencia el cambio del calor al frío en poblaciones muy inmediatas.

Sus costas, excesivamente calurosas, son hermosísimas por la exuberante vegetación de que estás cubiertas.

En ellas crecen las maderas de más precio, como son, entre otras, el taminzirán, el granadillo, el oloroso lino loe, el caoba, el brasil, el cedro jaspeado, y el común, el cueramo, el llorasangre, el palo de rosa, el culebro, el mohó, y el laurel, admirable por el aroma de sus hojas.

Las frutas más agradables al paladar se hallan también allí: sobresaliendo por su aroma y exquisito gusto la naranja dulce, la chirimoya, el plátano, la piña, la pitahaya, el mamey, el coco y el chico.

¡Nada más poético que el campo en nuestras costas!

¡Por donde quiera que la vista se extienda, sonrío la naturaleza!

¡Por donde quiera se ven bosques de palmeras acariciadas por un ambiente tibio y perfumado, tupidas enramadas de ceibas donde el zezonte y el papagayo anidan a sus pequeñuelos; ríos azulados, cuyo murmurio blando va a perderse entre el ruido monótono que hacen los árboles mecidos por el viento; cascadas que saltan formando arco-iris al descender desde una elevada altura para recostarse muellemente en el fondo de un barranco, bajo una nube de espuma, plateado crespón que se evapora sobre las calientes piedras!

Los pueblos situados al norte son bastante fríos, notándose en los demás una temperatura templada y agradable.

En estos últimos la vegetación varía; siendo de notarse en los unos la languidez del sauce y el aterciopelado del madroño, y en los otros la elevación del pino y la frondosidad de la dorada encina.

Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que en Méjico se hallan reunidas todas las producciones vegetales que contiene el resto del globo.

En su suelo montuoso y quebrado se elevan montañas hermosísimas coronadas de nieve, volcanes en erupción, cuyo penacho de humo y fuego parece amenazar constantemente a los pueblecillos y ciudades que descansan a su falda.

Los ojos se dilatan en horizontes de luz sin termino; la mente se extasía, se embriaga, por decirlo así, en la contemplación de las aterciopeladas playas, que lamen en su curso las azuladas ondas de los dormidos arroyuelos; insensiblemente se levanta hacia Dios el pensamiento, cuando en las templadas noches de primavera miramos titilar sobre nuestra cabeza grupos de incontables estrellas que brillan en la azul cortina del espacio como diseminados brillantes, mientras el aura mansa juguetea con nuestros cabellos y el blanco garambullo, flor de la noche, abre su corola y hace llegar a nosotros el aroma de su menudos pétalos.

La belleza de los campos tiene para mí un encanto irresistible.

Siempre recuerdo con alegría una época de mi vida la más bella quizá, quizá la más tranquila.

Esa época es la que pasé en la pequeña villa de Salgado, por otro nombre “Los Reyes.” (Estado de Michoacán).

Este lindo pueblecillo se halla situado al S.E. de Zamora y poniente de Morelia.

Su clima es templado y su suelo muy fértil.

La abundancia de agua que hay en él hace que su temperatura sea mal sana.

Está circundado de haciendas y de pequeños pueblos habitados por indígenas, que comercian con los otros pueblos, particularmente en las ferias de Tacan y Periban.

Pero como he dejado escapar de mi pluma la palabra feria, voy a tratar algo sobre ella.

La feria es una fiesta de comercio que tiene por principio alguna función religiosa dedicada por lo regular al santo patrono de la parte donde tiene lugar.

Voy a describir la de Tacan, por ser este un pueblecillo indígena.

Esta feria dura ocho días y tiene principio el 18 de octubre.

Desde algunos días antes comienzan a llegar numerosas partidas de ganado vacuno; comerciantes de ropa y abarrotes, que se instalan en tiendas improvisadas de madera y lienzo; surtidas dulcerías, mercerías, tocinerías, y otros ramos que no enumero por no cansar a mis lectores.

Durante la feria reina por todas partes una alegría comunicativa.

En todas ellas se advierte ese movimiento causado por la gente foránea que procura divertirse y comprar baratijas que llevar a su casa,

Aquí y allí se ven juegos de dados y de cartas, ruletas y

loterías; vendedoras de frutas y agua fresca, que con la enagua un tanto alta, para dejar descubierto el pie, calzado con zapato bajo de color, y la camisa escotada con bordados de seda floja, ofrecen al que pasa ricos perones de aguardientes, chicha, chara o tepachi.¹

En torno de los mariachis² forman grupos de rancheros, con su anca calzonera de paño, con la botonadura de plata o de otro metal más corriente, la banda encarnada a la cintura y el sombrero de anchas alas galoneado y sujeto a la cabeza por un barbuquejo de cinta, que pasa por bajo la barba o nariz; la bota atada hacia la rodilla y el zarape al hombro.

Los léperos con el calzón blanco y el puñal a la cintura forman aparte sus corrillos, mientras las indias y las mujeres del pueblo esperan sentadas en el suelo la hora de bailar.

Cuando el ranchero baila no se quita las espuelas, si las trae, ni el sombrero ni el zarape.

Los indios uruapeños y otros, venden jícaras,³ bateas, molinillos y cucharas.

Las jícaras y bateas, de todos tamaños, están pintadas de colores vivos y brillantes formando dibujos.

En Tacan no se encuentra una sola casa de adobe o ladrillo, porque sus habitantes, que son indios, gustan de vivir en trojes.⁴

Su clima es demasiado frío y su suelo está cubierto de tejocotes, arbusto que despide un agradable olor y que da un pequeño fruto parecido a la manzana.

1 Agua de piña fermentada, con compueston de cebada y azúcar.

2 Música compuesta de un arpón, violines y guitarras.

3 Producto vegetal conocido con el nombre de *balsa*, si es redonda, y *bule* si uno de sus extremos tiene crecimiento; partido por mitad recien el nombre de jícara.

4 Casas hechas de tablones como a una vara de altura sobre el suelo, de manera que se sube a ellas por gradas.

Las indias allí, se levantan a las dos o tres de la mañana, y van a bañarse para amortiguar el frío, dedicándose después a sus faenas.

Cuando un indio pretende a una india la espía en una calle y la laza. Si ella lo quiere se deja lazar y si no se quita el lazo.

Hecha esta pequeña digresión sobre lo que se llama feria, voy a retroceder al delicioso Valle de Salgado, pueblecillo risueño que tiene para mí todos los encantos que atesora el blando despertar de la juventud.

Cuando el otoño besa su suelo, y sus brisas soplan levemente sobre el verde cerro de Santa Rosa, las llanuras se visten de amapolas amarillas, blancas y rosadas, en tanta abundancia que puede uno ocultarse entre ellas de pie, sin temor a ser descubierto.

El sol extiende su amarillenta cabellera sobre extensos cañaverales cuyas espinosas hojas, el chocar unas con otras producen un murmurio dulce y melancólico a la vez.

Espesos platanares regados por cristalinas acequias sirven de sombra a los patios, proporcionando a sus dueños un agradable pabellón en las calurosas horas del día.

A distancia de tres cuartos de legua de la villa, se halla la hacienda de San Sebastián.

El río Zirizícuaru riega sus muros.

¡Nada más encantador en el libro de mis recuerdos que ese azulado río!

Los jazmines silvestres aromatizan su cause: el jaquinicuil, el purengue, el guayabo y el sabino forman en sus orillas deliciosos bosques.

En esa hacienda pasaba, al lado de mis padres y siendo aún muy niña, una temporada de año, la que se llamaba zafra⁵.

Pero basta ya de recuerdos; las más bellas imágenes de la vida solo son sombras que se alejan y desaparecen, tanto más,

5 Tiempo en que se elabora la panocha.

cuanto más es el tiempo que las arrebató de nuestros ojos.

¡Sueños que se disipan dejándole al corazón un recuerdo y a los ojos una lágrima!

Pero volvamos a la costa, donde las costumbres parecen estar en armonía con la temperatura ardiente de su suelo y la indolencia perezosa de sus habitantes.

Por lo regular los costeños son perezosos y amantes de armar pependencias.

Se levantan tarde, trabajan un rato, y van a su casa, donde, ya mecidos en hamacas o recostados en el corredor de la casa esperan la hora de comer.

En algunos puntos son tan inclinados a jugar, que pasan la mayor parte de su vida entre las cuarenta páginas de Birjan.

La costeña es aficionada a bailar, y así como la mariposa busca la luz que ha de quemar sus alas, ella después de sus faenas procura el fandango,⁶ en que casi siempre encuentra una rivalidad, que entre los vapores del mezcal⁷ la hace volver a su casa mohína, cuando no herida, porque la costeña no carece de valor para manejar el puñal.

En los ranchos inmediatos a algunas costas, cuando ponen música, hacen una enramada⁸ y en el centro de ella cavan un hoyo bastante grande, que cubren, por la parte de arriba, con tablones, colocando antes en su cavidad algunos cántaros. Sobre aquellos tablones bailan hombres y mujeres en retahílas de diez a doce, produciendo al bailar un ruido que se oye a una gran distancia.

Es muy curioso verlos zapatear para seguir sonos, con la cabeza inclinada, los hombres con el sombrero puesto, el zarape

6 Nombre que dan al baile y música.

7 Extracto de magueyes.

8 Cuatro latillas clavadas en el suelo, sosteniendo una cubierta de ramas verdes.

al hombro y el machete⁹ colgando del puño derecho, por medio de una correa, y las mujeres con la camisa bordada de seda floja, los florones de listón en la cabeza y extremidad de las trenzas, y el rebozo¹⁰ cruzado y tomado por ambas manos arriba de la rodilla.

Hay sones de agradable música como son: “Los limoncitos”, “La peineta”, “El pontorrico”, “El maracumbé”, “La malagueña”, “Las olas” y otros muchos.

Cuando bailan la malagueña el hombre se tapa con el rebozo y la mujer se pone sombrero, se cuelga de la mano el machete y se echa el zarape al hombro; haciendo ella todas las evoluciones concernientes a su compañero y manifestando él la timidez de la mujer; mientras bailan juegan con las espadas.

Durante el baile de cualquier son, los músicos con voz avinadata cantan estrofas análogas por el estilo siguiente:

*Si este pontorrico fuera
De diamante y perla fina,
Lo bailara mi negrita
Adentro de la cocina
Bien jaigan los limoncitos
Que no se dejan cortar:
No te hago tus cariñitos porque
no tengo lugar...
¡Así que estemos solitos!
Yo soy Antoñito Alberto,
Marido de mi mujer,
Si alguno no me conoce
Yo me daré a conocer.*

9 Espada.

10 Chal de hilo bastante grande y punteado en sus extremos.

En los acabos, esto es, cuando acaban de cosechar, los peones de labranza embanderan las últimas carretas en que llevan el maíz, y en un burro montan un muñeco grande, hecho de las hojas de la mazorca, en que el maíz se da, y que representa al mayordomo. Cuando llega a la casa del amo, éste los recibe con música y cohetes, mientras en el patio hierven tres o cuatro ollas¹¹ de tamales¹² indispensables en esos casos por la costumbre, y que se reparten entre los mozos y convidados, con espumosos vasos de mezcal.

Como hablo de costumbres voy a añadir algo sobre el modo que observan en algunos ranchos para conducir al pueblo cadáveres.

Hay partes, donde acabando de espirar el enfermo, le quiebran los huesos, lo hacen tres dobleces y lo meten en un huacal cubriéndolo con hojas verdes, después de lo cual cargan una mula con él, haciéndole contrapeso con otro huacal¹³ en que colocan algunas piedras.

Sobre esto han sucedido varios chascos porque muchas personas ignorantes de esa costumbre, encuentran una mula, conductora del cuerpo, y al ver los huacales cubiertos con hojas verdes, se acercan y meten mano, creyendo que son pitahayas u otra fruta.

También los conducen montados en una mula o caballo, con un zarape embrocado, la cara amarrada con un pañuelo, sombrero y espuelas; y para que no se caigan los sujetan, y de la cabeza del fuste, por bajo el zarape, les colocan un palo terminado en dos puntas las que sostienen el cuello del cadáver.

Hasta aquí he tratado de copiar un cuadro, pero como

11 Puchero de barro para cocer los guisos

12 Bollos de maza de maíz preparados con sal, manteca y picadillo o carne de cerdo, y envueltos en hojas.

13 Especie de caja sin tapa hecha de palitos labrados y bagazo de caña

los malos pintores, no he trazado más que un mal bosquejo, unas cuantas pinceladas sobre la vida de costas y de campo.

En mi poesía titulada Amores del campo, he descrito un casamiento, una boda en rancho; pero no quiero concluir este diseño sin añadir un corto paréntesis en honor a la ranchera.

Esta vive siempre entregada a las faenas de campo; es hacendosa, se levanta temprano para ayudar a la ordeña, cuaja la leche, prepara los bollos de mantequilla, el queso y el jocoquí para la comida; por la tarde está pendiente de que encierren becerros, va al arroyo, llena sus ollas de agua, y se sienta a zurcir la escasa ropa de sus hijos tarareando alegremente una valona o son.

Como no está educada no se ocupa de formas; pero en cambio tiene un corazón sincero y obsequia con gusto a sus huéspedes, cuando los tiene.

Antes de entrar de lleno en las costumbres indígenas, que son de las que más voy a ocuparme, quiero hacer un corto análisis de la mejicana en general física y moralmente.

Si me he detenido algo en las bellezas naturales de mi patria, es porque tengo la firme convicción de que el clima y situación de un país, sea cual fuere, se adapta perfectamente al temperamento de los individuos que en él se reproducen.

Tengo la creencia de que el sufrimiento moral es más o menos ardiente, más o menos frío en proporción a los rayos del sol que le vivifican.

De aquí resulta que me haya ocupado en delinear el clima donde la mejicana se desarrolla física y moralmente.

No cabe duda que nuestro suelo dulce y benigno, debe influir de una manera directa en el corazón de la mejicana.

Desde muy pequeña manifiesta esa vivacidad, esa ternura, esa coquetería en fin. Que tanto gusta de admirar y de ser admirada.

Parece que el sol de los trópicos ha hecho de su corazón un oasis ardiente, en el cual con la misma facilidad se reproducen

las rosas del bien y las espinas del mal.

Tierna y sensible por naturaleza, ama todo aquello que la rodea.

He conocido mujeres en mí país que por ningún oro del mundo cambiarían el humilde albergue donde nacieron.

Aman aquel espacio de tierra, limitado entre cuatro paredes, porque en él viven la vida de los recuerdos: allí pasaron su niñez, allí amaron, allí vieron evaporarse quizá el más bello ideal de sus fugaces ilusiones; allí en fin, recibieron en su frente los apasionados besos de una madre.

En nuestro suelo se aprende a amar mucho antes que los labios puedan balbucear las palabras. Y nada más natural. ¿Cómo se puede admirar lo bello sin dejar de amarse?

La hermosura y el amor tiene un punto de contacto.

La hermosura hace nacer el amor.

El amor da encantos a la hermosura.

La mejicana ama porque el amor es una necesidad para su alma.

Ama con todo el fuego de su corazón.

Sacrificándose a su amor, es capaz de los mayores sacrificios en bien del objeto amado.

Ama, pero se ve casi siempre en la precisa necesidad de ocultar o atentar sus sentimientos.

La reserva en este punto es su arma defensiva contra la falsedad del hombre.

Porque en materia de falsedad, aunque el hombre calumnia a la mujer tratándola de falsa, es él quien, las más veces, por no decir frecuentemente, llevado por un simple capricho, deja salir a los labios frases que está muy lejos de sentir, y que son para la mujer crédula un aliento emponzoñado, que si no destruye todas las flores de su alma, le deja una lección amarga que aprovechar.

En materia de creencias la mejicana, católica por convicción, comprende la grandeza sublime de su religión, la venera y la respeta.

¡Nada tan sagrado para ella como ese lugar, donde entre las armonías del órgano y las nubes del incienso, eleva su alma más allá de las superfluidades de la miseria humana!

La religión católica en todas sus bellezas se ha formado un sagrario en el corazón de la mujer; y es que ella necesita de todos sus consuelos, en medio de los infortunios que la rodean; y la busca como el faro que ha de salvarla en las borrascas de la vida.

Ejerce la claridad porque en su alma sensible siempre hallan eco los infortunios de sus semejantes.

En las desgracias sabe resignarse y sufrir.

Sus dotes morales están en armonía con sus prendas físicas, de las que voy a dar una ligera idea.

La mejicana debe considerarse de dos maneras; como india, y como criolla o mixta de la raza anterior y de la española.

La india, en la época presente, resto de una raza hermosísima, no conserva de ella más que sus tradiciones y costumbres.

Su belleza, a través de mil generaciones, ha ido decayendo.

No es ya la que sentada al pie de una palmera, con el cuerpo casi desnudo, el cacle de oro aprisionando el pequeño y modelado pie, los negros cabellos ensortijados con hebras de oro, arrobada en amorosos éxtasis a los ilustres príncipes mejicanos y tezcocanos; no es la que arrodillada a los pies del monarca, le ofrecía frutas y flores en azafates de plata, mientras él la contemplaba con ardientes ojos; no es en fin, ni una sombra de doña Isabel, hija de Moctezuma, que por rara hermosura, era la admiración y asombro de los que la conocían, y que formó parte de la nobleza española.

La india de hoy es de regular estatura; gruesa de formas, pecho abultado, color bronceado, ojos negros, frente deprimida, pelo negro, áspero y lacio, boca un tanto grande, labios gruesos, nariz achatada, rostro un tanto redondo, manos y pies pequeños.

Hay poblaciones donde la india es menos fea, tales son: Uruapan y Orizaba.

Su traje en lo general se reduce a una sabanilla negra¹⁴, un joloton¹⁵ y un paño¹⁶.

En algunas partes, la india usa la sabanilla sujeta a la cintura por un ceñidor, formando pliegues hacia los cuadriles, quedando enteramente lisas las partes opuestas.

Este fajado lo ejecutan con una destreza admirable, pues la sabanilla, que es bastante ancha, ni está cerrada ni tiene ningún pliegue.

Estas indias usan el joloton por encima y un maistahuil¹⁷ en la cabeza, que solo se quitan al entrar en el templo, los brazos y el cuello adornados con hilos de abalorios, corales y rosarios.

En los demás pueblos el vestido cambia de forma porque la sabanilla liada se convierte en una enagua replegada, que lleva cerca de la pretina y encima del guardapolvo¹⁸ una tira de gro o merino chillón, sembrada de lentejuelas, el joloton en una camisa de calicó o manta con seda de colores, y el maistahuil queda sustituido con el paño de que antes hice mención. Además de la enagua interior asoman las puntas de hilo lacre o caracol¹⁹.

La india en general lleva el pie descalzo.

Se la acostumbra a trabajar desde muy pequeña.

Trabaja mientras vive, porque ni la riqueza ni un buen casamiento cambian su posición.

Se levanta con el alba a preparar el almuerzo para su fa-

14 Tejido de lana negra hecha en el país.

15 Camisa sin mangas de género blanco de algodón o de lino, con el hombro batante ancho para cubrir la parte superior del brazo. ESste jolotón lo usan en unos pueblos fajado con la sabanilla, y en otros caído sobre ella un poco abajo de la cintura.

16 Mantilla o rebozo, del género anterior, bordada con seda floja de colores. Algunos tienen enderredor una punta de aguja hecha de seda.

17 Rodete en la cabeza formado por las trenzas, que van con un ceñidor.

18 Forro interior de la enagua.

19 Colorante producido por un pequeño insecto, que da un color morado.

milia, y cuando el sol descubre sus cortinas de nácar, se echa a la cabeza su batea de flores, hortalizas o frutas y va al mercado a venderlas.

Si sale a comerciar a otro pueblo no le arredra nada.

Camina frecuentemente sola arreando el burro que conduce quizá toda su fortuna y donde coloca, entre los tercios o canastos, a sus pequeñuelos.

Hija del sol, el sol es su elemento; el viento no la incomoda, ni la tempestad la sobrecoge.

La fuerza de su musculatura parece comunicada a su espíritu por una fuerza superior.

Es varonil. Acostumbrada a la mala vida que le da el indio, tiene la creencia de que si el marido no la golpea es porque no la quiere.

Entre los indios se encuentran talentos naturales, que una vez cultivados sorprenden.

Los paracheros se distinguen por su disposición para la música, siendo digno de notarse el conocimiento que tienen para calificar toda clase de instrumentación.

Fabrica guitarras de distintos tamaños y forman con ellas una música dulce, sentida y armoniosa, que hace volver los ojos al pasado y recordar los primeros tiempos, en que el reino de Tzintzuntzan se alzaba floreciente bajo el centro de Tovanga, en el que se dejaban oír, al pie de los serralllos, esas notas impregnadas de melancólica poesía que hacían estremecer de amor a las bellísimas indias michoacanas.

Los indios michoacanos hablan el tarasco, y son pocos los que comprenden el idioma castellano.

Esto me trae a la memoria un corto pueblecillo llamado Terecuaro, habitado por puros indios.

Yendo una vez para Zamora tuve ocasión de conocerle.

Serían las tres y media de la tarde cuando llegamos a él. Desde luego me llamó a la atención un grupo de indias, que con

el pelo destilando agua y los chiquihuites²⁰ en la cabeza, llenos de nixtamal,²¹ se alejaban del arroyo, donde habían ido a lavarle.

Como hablaban el tarasco no comprendí, pero noté que estaban alegres y risueñas.

Tratamos de hospedarnos; pero aunque llegamos a varias casas en ninguna nos contestaron.

Indudablemente habríamos pasado la noche bajo las ramas de algún árbol, si la Providencia no os hubiera hecho tropezar con un indio, que mal hablaba el castellano y que nos guió a la casa del alcalde, quien luego nos hospedó.

Como era temprano, y las señoras por lo regular somos afectas a visitar los templos, nos fuimos a conocer el templo de aquel lugar.

La plaza está rodeada de añosos olivos cuyo tupido ramaje excita a la contemplación.

Porque aquellos olivos centenarios, si hemos de dar crédito a las tradiciones de los indios, tuvieron un origen misterioso.

Se cuenta allí que un padre, muerto en olor a santidad, enterró el bastón, que le servía de apoyo, y que a los tres días se encontró con unos retoños en la parte saliente.

El árbol se desarrolló prodigiosamente, y entonces el mismo padre, cortando las ramas más corpulentas, las sembró en derredor de la plazuela.

Esta tradición juntamente con otras relativas al padre, es allí tan respetada, que nadie se atrevería a ponerla en duda delante de un indio.

El padre Jacob es tan venerado que ninguno mienta allí su nombre sin llevarse las manos al sombrero.

Nada más poético, pero al mismo tiempo, nada más triste

20 Cestos de carrizo.

21 Se da ese nombre al maíz, que puesto a la lumbre y pelado con un poco de cal, se muele para hacer la tortilla alimenticia del país.

que aquella plaza desierta, donde no se oye más ruido, que el producido por el chocar de las hojas unas con otras o por el revoloteo de algún pájaro que se anida en aquellos vetustos olivos.

A un extremo de ella se halla un templo rodeado de un extenso cementerio²².

Este templo perteneció a un convento de jesuitas, del que existen aun algunas celdas que la devastadora guadaña del tiempo ha respetado.

Por lo poco que de él existe, se adivina que debe haber sido grande y hermoso.

El cementerio sirve de última morada a los habitantes de Terecuato, por lo que pude ver tres entierros de niños pequeños, muertos de viruela.

Voy a referir uno de ellos y se tendrá una idea de los demás.

Hacia las cinco de la tarde se acercaron treinta o cuarenta indios de ambos sexos, llevando en una mesa un cadáver de un niño, que a los sumo contaría seis meses de edad.

Entraron al cementerio y colocaron la mesa al borde de la sepultura.

Un indio se acercó entonces al cadáver, y tomando agua bendita con un hisopo le roció cantando con destemplada voz el siguiente asperges: “En paz descanse el ánima del difunto Florentino.”

Concluido el responso colocaron el cadáver en el centro de la fosa, y en torno de él fueron depositando varios chiquihuites con corundas²³, elotes cosidos y chayotes. Entonces la madre del niño ya muerto, se adelantó, hasta el borde de la fosa o sepultura;

22 En los pueblos se da este nombre a los atrios del templo.

23 Corundas o tamales de ceniza, bollos de masa envueltos en hojas verdes de milpas; se les da ese nombre por prepararse el nixtamal con un poco de ceniza.

dejó caer hacia dentro una faja²⁴, unas mantillas y dos o tres camisitas dobladas; tomó después un puñado de tierra, lo besó y lo arrojó sobre la frente de su hijo. Entonces cada uno de los acompañantes arrojó otro puñado de tierra, después de lo cual el sepulturero hizo su deber.

Aquel entierro tenía algo de conmovedor. No se puede menos de compadecer a una madre que se ve obligada por la costumbre a arrojar el primer puñado de tierra sobre un pedazo de su corazón.

No se puede menos de tener lástima a esos tres seres para quienes la antorcha de la ilusión no derrama su luz, y que viven y mueren aferrados en sus creencias.

Los indios creen que el muerto emprende un largo camino y por eso se apresuran a depositar en su sepulcro algunos comestibles.

No tienen aspiraciones y por eso carecen de todo aquello que puede amenizar algo su vida.

Los jacales²⁵ en que viven son tan pequeños y miserables que apenas les basta para dormir.

En Terecuato, se ve por la tarde a las indias, en el patio de su casa, hilando y tejiendo ayates²⁶, en torno de la rueca, bajo la sombra de los inviernos, arbusto de que gustan mucho, quizá por la elegancia de sus flores.

Hablando de la india, en general es supersticiosa; cree en el ojo, en el aceite de la lámpara, en los monos, nahuales y brujas.

En materia de religión es hasta fanática, y el culto que da a las imágenes raya en idolatría. Así no es extraño verla en su capilla por la noche arullando a santos para que se duerman; robándole el

24 Ceñidor.

25 Pequeñas casas formadas de madera y sacate tan bajas que muy apenas se pueden parar dentro de ellas.

26 Tejido de lana o hilo de colores.

niño a San Antonio para que aparezca un cerdo que se les perdió, o encendiéndole velas a Gestas, a quien creen milagroso por haber muerto al lado del señor.

Trabajan todo el año sin descanso y cuanto adquieren lo gastan en una función religiosa.

Si hubiera de escribir todas las costumbres de los indios, formaría un volumen bastante grueso, por lo que me limito a tratar algo sobre las Latas de los reyes, en Ciudad Guzmán.

Ciudad Guzmán tiene una población de treinta mil habitantes, siendo una gran parte de indios.

Entre sus costumbres la mas digna de atención es la que voy a describir.

Desde la antevíspera del día de Reyes, comienzan los indios a conducir a la plaza principal unas latillas barnizadas de cal y pintadas de trecho en techo con colores vivos, que forman ramos o anillos.

Estas latillas deben tener por lo menos de treinta y cinco a cuarenta metros de elevación. Son cinco y están claveteadas de estacas gruesas.

En su parte superior o punta, le hacen a cada una, una casilla de cohetes, que tendrá un metro en cuadro.

Creo oportuno decir que cada latilla tiene su capitán, y que las latas son llevadas con pito y tambor.

Las colocan a distancia de unas veinte varas cada una, formando línea recta, valiéndose para esto de unos hoyos hondos.

Al terminar dicha línea hacen una enramada de pino, especie de casa, donde colocan a Nuestra señora de la Candelaria.

Explicados estos antecedentes, pasemos al día 6 de enero, día en que los fieles celebramos la adoración de los Santos Reyes.

Desde muy de mañana invaden los arrieros las calles de la ciudad.

Estos arrieros son en gran número, y andan en caballos, mulas y burros, algunos a pie. Con la cabeza amarrada con un paño, y la careta de barro o de papel, charlan y gritan todo el día,

andando en distintas direcciones, luciendo la pechera de cuero y arreando otras mulas cargadas con pequeños cajones. Esta danza, pues no es otra cosa, está amenizada con cascabeles y cencerros, panecillos pequeños que se reparten entre sí, gritos de: -¡Alájenle! ¡Alto! ¡Más apriesa! ¡Arre la caponera! ¡Otro trago compadre!- Entre todos estos gritos, los mayordomos de los atajos van y vienen de un lado a otro, encabritan la mula y hacen un semi círculo, levantando una nube de polvo que los barniza de pies a cabeza.

A las cuatro y media de la tarde, suben dos o tres indios a las casillas de cohetes, donde se acomodan hechos dobleces, porque no caben de otra manera; pasan por ellas una sogá bastante larga, para que abarque la distancia de la primer latilla a la enramada que sigue a la última; en esa sogá va ensartado por el estómago un ángel de palo. Esta sogá la tienen asida por sus extremos dos indios de los que están abajo presenciando la fiesta (le daremos este nombre). En dirección del primer extremo de esta sogá se colocan los pastores, a quienes se da el nombre de manguudos, por llevar todos mangas negras suspendidas el cuello por una abertura que tienen en el centro.

Después de colocados todos en sus puestos respectivos se da principio a la caminata; pues todo esto tiene una aplicación y es la llegada de los pastores a Belén, guiados por el ángel; se me olvidaba decir que delante del ángel va en la sogá una estrella pintada de encarnado.

La música de viento comienza a tocar, los arrieros se aproximan, los pastores cantan en destemplado coro; el gentío procura no perder movimiento ninguno; poco a poco los de la enramada van estirando la sogá y los del extremo opuesto aflojándola, el ángel echando maromas sube a la primera casilla, e inmediatamente uno de los indios que están dentro de ella aplican el fuego a una mecha, la pólvora hace su oficio, y al arderse toda la casilla, gritería rompe de todas las partes, y los indios, pasando el ángel, se bajan medio chamuscados. El ángel y los pastores siguen caminando, repitiéndose en cada casilla la misma ceremonia, hasta

que la última descende el ángel a la enramada donde los pastores llegan al mismo tiempo.

Esto concluye, por lo regular, con algo de embriaguez, y no pocas veces con altercados de fatales consecuencias.

Muchas son las costumbres que ha desterrado la ilustración.

Los indios de ayer no fueron los de hoy; ¡los de mañana, quizá no sean una sombra de los de hoy!

Pero prosigamos analizando a la india.

Uno de sus defectos capitales es la desconfianza; de aquí proviene que fácilmente se deja arrebatar de los celos.

En cuanto a valor es igual al indio, no le falta.

Cuando toma una resolución es temible y no se contienen.

Para dar una idea del valor de la india, contaré un caso célebre, acaecido en Ciudad Guzmán, durante la dominación francesa.

El 4 de octubre de 1865, los generales republicanos Julio García y Echegaray, atacaron la plaza, que estaba custodiada por el coronel imperialista don Macario Silva.

La víspera de este día, sabiendo la autoridad política, que el enemigo estaba cerca y no contando mas que con treientos hombres de guarnición, se pudo de acuerdo con el coronel para tratar los medios de defensa.

Se hizo un llamamiento a los jefes de los indios, a quienes dan ellos el nombre de priostes, tlayacanques o caciques, y después de exponerles los muchos males que se originarían en la ciudad y a sus familias si el enemigo triunfaba, se les arengó para que ayudaran a la guarnición en caso del ataque.

Se resolvieron estos, y se convino que al toque de campana todos estarían sobre las armas.

Hacia tres días que no dejaba de llover, a causa de las cañuelas que fueron ese año muy abundantes.

Los vallados estaban llenos de agua.

Como a las ocho de la mañana del día cuatro, los republicanos en número de dos mil, penetraron en la ciudad por distintos puntos.

La campana sonó entonces, como sucede en tales casos, imponente, lúgubre, amenazadora.

El coronel había distribuido su pequeña fuerza en todos los fortines, porque el poderoso auxilio de los indios le comunicaba valor.

Estos al oír la primera campanada salieron de sus casas armados de gruesos garrotes, gabachos de cortar tule, puñales y piedras.

Se arrojaron sobre los republicanos como leones furiosos, cortándoles la retirada, mientras la guarnición les hacía fuego por el frente.

El enemigo, al verse sorprendido de una manera tan inesperada, perdió el valor, el desorden se apoderó de sus filas y trató de huir.

Entonces pasó una cosa horrible; los infelices que escapaban del furor de los indios, caían en los vallados y se ahogaban.

¿Qué hacían entre tanto las indias?

Al ver que sus maridos, padres e hijos y hermanos se lanzaban en por del enemigo, se apoderó de ellas el frenesí de la venganza; con el pecho inflamado y los labios blancos por la cólera, se pusieron en atalaya junto a la puerta de su casa esperando el momento dado para satisfacer su encono.

No tardó en presentarse.

Los infelices fugitivos que lograban escapar del acero y del agua, cuando ya se creían a salvo, se veían asaltados por las indias, que al verlos huir, se arrojaban sobre ellos, armadas de tizonas encendido, piedra y palos.

Este combate que sólo duró dos horas fue terrible por las circunstancias que lo rodearon.

En él perdieron los generales Julio García y Echegaray casi toda su fuerza. La lluvia que quizá había alentado sus esperanzas vino a ser su mayor enemigo.

Hubo vallado de donde se sacaron al día siguiente diez y nueve ahogados.

Me he detenido en este episodio por creerlo curioso, pues en él se comprende de una ojeada el carácter belicoso de la india; que careciendo de educación, para vez perdona una ofensa, siendo más raro todavía que agradezca su beneficio, particularmente si este lo recibe de la raza blanca.

He hablado algo de la india y voy a ocuparme otro poco de la criolla o mixta de la raza anterior y de la española, a la que designaré con el nombre de mejicana.

Dos cosas han admirado los extranjeros en ella: las manos y los pies; y yo, séame permitido expresarme así, creo que los ojos son uno de sus bellos adornos físicos.

Los ojos de la mejicana, ya sean negros como la noche, pardos como un cielo de estío o azules como el firmamento de la tarde serena, están impregnados de una vivacidad y una dulzura que cautiva a quien descuidado se deja abrasar por los rayos e sus ardientes pupilas.

La mejicana es el general, ostenta en su frente la tersura de un color moreno sonrosado, tierno y limpio.

Su carácter es dulce y sufrido, ardiente y apasionado.

Pero así como es capaz de una abnegación sublime lo es también del odio mas reconcentrado.

He dicho antes que la religión católica es el sol que la vivifica. Así vemos a la madre de la familia en todas las esferas sociales, formar el corazón de sus pequeñuelos en el amor de la Divinidad, en el conocimiento de un Ser único, Criador del universo.

Posee cualidades exquisitas que le son inherentes por su naturaleza; pero así como un rico mineral sin beneficio no pro-

duce nada, estas bellas cualidades como las mas veces no reciben el beneficio de una educación sólida, no pueden fructificar como nosotras lo deseáramos y como los hombres lo manifiestan cuando tratan de la mujer.

No cabe duda que el corazón de la mejicana, formado bajo un cielo purísimo, vivificado por un sol ardiente y nutrido al calor de tibias y embalsamadas auras, en medio de una vegetación exuberante y llena de vida, arullado por dulcísimas brisas, debía ser un tesoro donde se albergara todo lo sublime, todo lo grande, todo aquello que por el camino de la virtud la condujera a su propio engrandecimiento; pero como dije antes, la educación que recibe no es más a propósito para ello.

II

EDUCACIÓN DE LA MEJICANA SU INSTRUCCIÓN. MIRADA RETROSPECTIVA., ALGO SOBRE SU TALENTO NATURAL Y CARÁCTER

Antes de dar principio a este capítulo, suplico a mis lectores juzguen y pesen cada una de mis palabras con el frío criterio de la razón.

No trataré de enaltecer la mejicana, supuesto que yo lo soy, y supuesto también que la alabanza propia ni cae bien en quien la da, ni puede ser bien recibida de quien la oye.

Me limitaré solamente a presentarla bajo el prisma de la educación que recibe.

No me son desconocidos sus muchos defectos; pero también no desconozco el origen de sus mismos defectos.

Escritores ha habido que sin detenerse a considerar el por qué de esos defectos, que se le atribuyen como propios, la han hecho un ídolo de barro arrojarlo al fango de la decepción y saertarlo después con los epítetos más despreciables y las burlas más insultantes.

Admira en verdad que hombres de elevada inteligencia, y sublimes pensadores se ocupen de un asunto tan interesante para la humanidad, sin sondearlo antes, sin analizar con la cabeza, haciendo a un lado los sentimientos de que se halle dominado, el principio, la causa de esos defectos, que no pierden ocasión de vituperar.

Deberían investigar si le son inherentes o no.

Si lo primero, no hay para qué ocuparse de lo que es incorregible: si lo segundo, salvar a la víctima destruyendo la causa.

La victima es la mujer: la educación la causa.

La mejicana recibe educación no solo de sus padres y maestros, sino también del hombre a quien se une y de la sociedad en que alterna.

El hombre la educa a su modo; de lo que resulta que si se casa tres veces, otras tantas se ve educada, y de distinta manera, porque entre cada dos hombres media un mundo de ideas.

De lo que se deduce que una mujer nunca está bien educada para el hombre.

Supongamos a una mujer, que tuvo una madre y unos maestros que, teniendo un tino exquisito, supieron adornar su alma con todos los sentimientos de una educación esmerada.

Supongamos, repito, que esa mujer sin defecto, se une a un hombre que carece de esos modales, que solo emanan de una bella educación; por más que ella sea un tesoro de abnegación y de dulzura, él, que piensa de distinta manera, no transige con su finura y trata de educarla a su modo ¿y qué la hace infeliz? Si no quiere vivir en un infierno, tiene que seguir las ideas de un esposo caprichoso o aparentar cuando menos que las sigue.

Si todos los hombres fueran uniformes en sus pensamientos, la educación sería la misma para todas las mujeres, y siendo la misma poco a nada tendrían los demás que tacharla.

Por lo que hace a la sociedad, la educa continuamente.

El profesorado de ella tiene por duración la edad de la mujer.

Dispéñeme el sexo fuerte si mi humilde pluma se atreve a censurarlo.

He tratado de dos educaciones advenedizas; ahora voy a tratar de la que solo una vez y durante el imperio de la niñez, nos ofrece sus hechizos, hechizos que una vez adquiridos no se desvanecen nunca.

La educación religiosa y moral que se inculca en el corazón de la niña es la base de su verdadero mérito.

Pero así como su fuente, sino está bien bruñida de lugar

a que el agua se introduzca por algún poro abierto, la educación, de que hablo, si no es sólida está expuesta al contagio de ruines ideas.

Voy, pues, a tratar de la educación que se da a la niña mexicana en la época que atravesamos.

Pero antes debo advertir que hablo en lo general y que en lo particular hay niñas bastante bien educadas.

La niña rica o aristócrata, apenas comienza a balbucear las palabras cuando sus padres por una necia vanidad, la introducen cuantas veces pueden en el círculo de sus amigos para que sus monadas de niña, que ellos toman por una viveza excepcional, sean aplaudidas.

La niña recibe mil besos, mil caricias, que son el germen de su vanidad.

Crece entre una nube la lisonjas; se ve mimada de sus padres y se hace caprichosa; se ve adulada y juzga pequeño todo cuanto la rodea; no se le exige ninguna ocupación y se hace holgazana: se le hace creer que vale mucho y se torna orgullosa: se le reprende agriamente una pequeña ligereza y se vuelve hipócrita. Con frecuencia suenan en sus oídos estas palabras: “Tú no necesitas de nadie para vivir, eres rica.”

Cuando la maestra que la educa se ve en la necesidad de dar cuenta a sus padres de la desaplicación de la niña, ello contestan: -“Que no se mortifique, que se deje hacer lo que quiera y pueda porque el aprendizaje no le hace falta.”

¡Error fatal! ¿Los padres se ciegan hasta el punto de no tener pensamiento!

Después de lo que hermosea a la mujer una buena educación unida a una regular instrucción, no reflexionan que un mal cálculo en su negocios, una circunstancia imprevista puede dejar a sus hijos en la mendicidad.

¿Y qué será entonces de la que no supo lo que costaba el pan de los pobres, porque enseñándosele temieron lastimar su corazón?

¿Cómo podrá resignarse a una vida de trabajo la que nunca se vio obligada ni aun a tomar un libro en la mano?

¿Cómo sufrirá los reveses de la suerte la que jamás se vio contrariada en sus caprichos?

Y sin embargo, esta es la educación que en lo general recibe la niña, a quien la fortuna colocó en la primera esfera de la escala social.

Sin embargo, como dije antes, hay su excepción.

En el círculo de mis amigas he encontrado perlas de inestimable valor por su fina educación, que colocadas en el escabel de la fortuna brillan más por su cualidades morales y distinguidos modales, que por el oro, la seda y los brillantes que visten.

Sino temiera ofender su modestia, tendría un verdadero placer en que sus nombres figuraran en estas páginas.

Pasemos ahora a definir la educación que recibe la mujer de la clase media, a la que podemos considerar como mártir, pero mártir sin palma.

Circunstancias excepcionales la obligan a veces a alternar en sociedad con la mujer aristócrata o rica.

¡Cuántas lágrimas, cuántas privaciones, cuántos sacrificios, cuántos desvelos, le cuestan a la infeliz, esas aparentes horas de alegría que pasa en sus esplendidos salones!

Puede decirse que en esas reuniones los harapos se doran, la pobreza se disfraza con guantes. En esta clase la educación de la niña compensa algo los sufrimientos de la mujer.

Siendo niña comprende, con esa vivacidad propia en la mujer, que está colocada en una situación bastante difícil.

Se le da una educación doble, esto es, como pobre y como rica.

Como pobre, se le hace ver que su patrimonio es la virtud, la honradez y el trabajo: que necesita instruirse, ser afable y complaciente para que se la considere en algo.

Como rica, se le inculcan en su alma ciertas aspiraciones,

cierta delicadeza que está en contraposición directa con su escasa fortuna.

De aquí resulta que muchas jóvenes volviéndose preten- ciosas, y no teniendo elementos para satisfacer su vanidad, se ha- cen coquetas, y acaban por arrastrar su honra por el cieno de la corrupción.

Pero si esto acontece en las que faltas de juicio solo saben estimar el oro y la seda, no sucede lo mismo en las que estimándo- se a si propias, comprenden sus deberes y procuran ennoblecerse por medio del trabajo y de la inteligencia.

Al través de su horizonte de lágrimas divisan las últimas un cielo.

Ese cielo está comprendido en estas tres palabras: virtud, trabajo, honradez.

Se instruyen por necesidad, y esa necesidad le es un placer, puesto que les proporciona la estimación que pobres e ignorantes no alcanzarían nunca.

La mujer del pueblo, como no recibe más educación que la del trabajo; como toda su ambición se reduce a un pedazo de pan para alimentarse y a un oscuro rincón en que descansar de sus diarias fatigas, poco o nada diremos de ella en este artículo; añá- diendo solamente que debido a su falta de educación se degrada con frecuencia entregándose a la inmoralidad y al desorden.

El sentimiento es innato a la educación.

Quien no está educado, mal podrá sentir.

La mujer del pueblo lleva casi siempre la risa en los labios.

Ve con indiferencia la vida y ni el día que pasa ni el que viene la preocupan.

El sol la encuentra en el trabajo; la noche la sorprende en él, para ofrecerla descanso.

Igual educación recibe la india.

Pero esta trabaja más; es supersticiosa y de carácter un poco duro y terco.

Se ve, pues, que la educación difiere según las clases; pero que en general es errónea.

¿Pero es acaso culpable la mujer, bajo cualquier punto de vista que se la considere, de la educación que recibe?

No, de ninguna manera; porque la educación se recibe directamente de la madre y debe tomarse en cuenta que esta quizá no estuvo mejor educada que la hija.

Si tocamos eslabón por eslabón esa cadena hasta tropezar con nuestros primeros antecesores hallaremos el mismo defecto, esto es, la falta de una educación sólida.

Pero si bien adolece de algunos defectos originados por su mala educación, posee cualidades exquisitas que la elevan al lugar que le corresponde por su religiosidad y civilización.

Voy a ocuparme de su instrucción, vasto campo en que recoge flores para adornar su frente.

Pero antes echemos una mirada retrospectiva al pasado para que se tenga una justa idea del presente tocante a la ilustración.

Hacia finales del siglo XVIII la instrucción para la mejicana no tenía eco.

Su mérito se hallaba basado en estas tres frases; virtuosa, honrada y laboriosa.

No se le concedía a la niña más que estas tres cosas para que fuese una señorita de mérito.

Ni se le exigían a la esposa más que estas tres dotes para que fuera una buena madre de familia.

La instrucción para la mujer dormía.

Apenas se la permitía aprender a leer y esto muy mal.

¿Escribir? ¡Oh! No; el formar una letra le estaba prohibido; le era perjudicial, al menos así raciocinaba la antigua filosofía.

La mejicana por ningún caso debía escribir porque de esa manera podría leer un billete amoroso y contestarle.

¿Cómo, pues, se le había de permitir ese goce, ese inocente placer de escribir, que para mí es el más grande?

¡Oh! ¡Si yo hubiera tenido que vivir en ese tiempo, me habría asfixiado a fuerza de contener dentro de mi ser esa multitud de ideas, que bullen en mi cerebro ardiente; esa infinidad de pensamientos, que como bandada de aves, se agitan en el cielo de mis ilusiones!

No sé escribir, y sin embargo, la pluma es para mí alma una necesidad.

Cuando huyendo el ruido de la sociedad que se agita en torno mío, me acojo a la soledad para dar curso a mis ideas; cuando la pluma se resbala ligera entre mis dedos... ¡Oh, entonces!... ¡Entonces las horas me parecen cortas! ¡Entonces, teniendo por morada la tierra me siento asida al cielo por esa misteriosa cadena de la felicidad!

Pero voy a continuar.

La mujer, pobre ángel sin alas, para volar a otra esfera superior; mariposa sin luz para revolotear en torno de ella; paloma aprisionada entre los fríos alambres de la ignorancia; flor, cuyo aroma se evaporaba en una eterna noche, y en cuyo cáliz no se posaba nunca un rayo de sol; la mujer, repito, no podía ser feliz.

En su alma había aspiraciones; pero esas aspiraciones, apenas nacidas morían entre las afiladas garras de la más absurda ignorancia.

Las distracciones más lícitas le estaban vedadas.

Guardada por la más estricta vigilancia en el hogar paterno, era una monja sin votos, sin hábito y sin rejas.

La mejicana en el siglo XVIII debió llevar la muerte en el alma mientras vivía.

Porque yo no comprendo la vida sin las bellezas de la inteligencia.

Al dirigir esta mirada retrospectiva sobre la situación de la mejicana en el siglo pasado, solo he querido empapar en lágrimas de recuerdos dolorosos la pluma que ha de servirme para tratar de ella en el siglo de las luces.

¿Qué ha sido de la mujer? ¿Qué es hoy? ¿Qué será mañana?

Son tres preguntas que asoman frecuentemente a mis labios.

Una sola respuesta les doy: la mujer será siempre el blanco a donde se dirijan los tiros de la sátira más refinada, de la astucia, de la lisonja, de la hipocresía y de la seducción.

Es cierto que entre la época pasada media un mundo. La luz avanzando sobre las tinieblas ha abierto para las mejicanas un horizonte; las puertas de la ilustración están francas para ella; planteles gratuitos de enseñanza primaria y secundaria han cobijado bajo sus aulas corazones femeniles ávidos de entusiasmo por las ciencias.

Hoy la mujer no es lo que era, se instruye hasta donde su inteligencia se lo permite; disfruta de cierta libertad social, se la ve en los teatros, bailes, tertulias y paseos, siempre atendida y considerada.

¿Pero qué importa, si los abusos continúan, si el hombre se vale de la fuerza para zaherir su debilidad?

La situación ha cambiado, pero la escena es siempre la misma.

Mientras la mujer digna y sensible ciñe a su frente la impecable corona del saber, el hombre se complace en calificarla con los epítetos de frívola, vana y ligera. ¡No comprendo como, teniendo el hombre una madre que arrullara su sueño, que formando su corazón dirigiera sus pasos por el sendero del bien, que depositara en su frente mil y mil apasionados besos, se atreve a calificar a la mujer de frívola, vana y ligera, sabiendo que su madre era una mujer!

Es indudable que el hombre al expresarse de esa manera, o no reflexiona o su cerebro no está del todo sano, porque de lo contrario le parecería ingratitud ese lenguaje respecto del sexo en que se comprende a una madre, toda abnegación, toda ternura.

Pero prosigamos, supuesto que voy a tratar de la instrucción, ancho campo donde la mejicana recoge las flores que hermocean su frente; justo es decir algo sobre la inteligencia de su alma.

Esta se halla dotada de bellísimas disposiciones para las artes y las ciencias.

El estudio le es demasiado ligero.

Si en favor de la mejicana diera la ilustración un paso más, estoy segura que ella, acogiéndole con jubilo, sabría elevarse al puesto que aquella señalara.

Perlas de inestimable precio alientan bajo nuestro diáfano cielo.

Mujeres sublimes en cuyo pecho ha brillado y brilla la llama sagrada del genio.

La música, la poesía, el canto y la declamación, son fuentes de que aspiran, o han aspirado, el delicado perfume que las inmortaliza.

En el siglo xvii, la décima musa, Sor Juana Inés de la Cruz, arranca de su lira torrentes de armonía, entre cuyas notas dulces y sentidas, como el arrullo de una paloma. Aso man ideas verídicas y justas, conceptos sublimes, en que no se sabe qué admirar más, si el genio que canta, o la mujer que escribe lo que siente.

Dolores Guerrero arranca después lágrimas de ternura a los que la escuchan, poetisa doliente y sentida, canta llorando sus amargas decepciones y desengaños, sus ilusiones evaporadas como el humo.

En la época que atravesamos aparecen Isabel Angela Prieto y Ester Tapia.

La primera llena los teatros con la fecunda inspiraciones de su genio dramático; más de quince piezas literarias la inmortaliza, y al descender al sepulcro, joven aun, la historia recoge su nombre, sustrayéndolo al polvo del olvido.

La segunda, cuyo talento sublime no puedo encomiar lo bastante, llena aun el suelo privilegiado de Jalisco con el perfume de sus creaciones.

En la escala musical, como cantante sin rival, Angela Peralta, el ruiseñor mejicano como justamente se le llama, se ha hecho admirar por la dulzura admirable de su voz, no solo en su suelo nativo, sino que cruzando los mares, ha llenado de arrobación, con las armonías de su garganta, los esplendidos teatros del antiguo continente.

Su genio ha tenido las alas para volar ansioso de más gloria que la que pudiera prodigarle el florido suelo de Anáhuac.

La mirífera aureola de su frente se desprende en torno suyo, elevándola, por decirlo así, sobre el mundo de la admiración al templo de la inmortalidad.

Pero si una Angela Peralta cautiva y se diviniza por el arte sublime de su voz, Guadalupe Olmedo, compositora tierna y sentida en el arte musical, no es menos digna de admiración.

Guadalupe Olmedo es a no dudarlo, uno de los más ricos brillantes que ostenta en su laurel la patria de Hidalgo.

Podría citar a otras muchas compatriotas mías cuya sólida instrucción las hace dignas de nuestro respeto; pero me contentaré con mencionar a la señorita Rafaela, de quien me honro en llamarme discípula.

Se puede comprender por esto que la instrucción desarrollada en bien de la mejicana, no ha tocado un terreno estéril; porque dotada como el hombre de bellas dotes intelectuales, puede como él avanzar por el sendero del saber hasta donde se lo permita la antorcha del progreso.

He hablado algo del talento natural de la mejicana, réstame añadir algo sobre su carácter.

Pero como este varía según las condiciones morales del individuo, solo diré que en lo general posee un carácter dulce y afable; de aquí nace sin duda esa resignación con que ve llegar todas las eventualidades de la vida.

Nótase sin embargo, que poseyendo un corazón impresionable y ardiente, está sujeta al desarrollo de grandes pasiones.

Y es que en su carácter, al parecer tímido, hay una gran

dosis de energía, razón por la cual cuando una pasión la domina no retrocede ni aun ante los mayores obstáculos y peligros.

Penetrando en ese vasto campo, llamado carácter de la mujer, donde hay tanto que estudiar y tan poco que aprovechar, veremos de una ojeada que el carácter de ella constituye la historia de toda su vida. Esto no es un sofisma, es una verdad que no admite replica.

Una mujer de carácter ardiente, apasionado y ligero, lo arrostra todo aún en perjuicio de sí misma.

De esto tenemos sobrados ejemplos todos los días.

El carácter hace al individuo, y no el individuo al carácter.

Por esto se palpan constantemente las consideraciones que rodean a una persona de buena índole; y por el contrario se ven los disgustos que proporciona un mal carácter.

Causa horror la degradación de algunas infortunadas a quienes un carácter aventurero empuja por el sendero de la fatalidad.

Es un hecho, pues, que para estudiar la vida de cada individuo, debe atenderse primero a su carácter.

El carácter de la mejicana no es belicoso; pero a pesar de esto, no han faltado mujeres en nuestro país que se hayan hecho célebres en las revoluciones.

Si hojeamos la historia encontraremos a Marina, que sirviendo de interprete a Cortes era el cimientito donde el gran caudillo basaba sus triunfos.

¿Qué habría hecho Cortes sin ella? Otro sirviéndole de interprete quizá lo habría vendido. Marina no, porque amaba al conquistador con toda su alma.

Más adelante, cuando el grito de independencia resonó entre los floridos bosques de Méjico, doña Josefa Domínguez sirve de ángel a los defensores de la causa justa, avisándoles los peligros que les amenazaban, con un interés verdaderamente patriótico.

En la intervención francesa se ve a una mujer, desafiando

los peligros, caminar impávida y serena, engrosando las filas de los mejicanos.

Esta mujer llamada Ignacia Riesh, e hija de Guadalajara, es digna de ocupar un puesto en la historia por su raro valor y por sus hechos, que la historia misma ha calificado ya.

Justo es consignar aquí su nombre, porque a pesar de sus crueldades, no puede negarse su heroísmo en la causa que defendió.

Cuando empuñó las armas, bajo el mando del general Rojas, era una mujer de más de cuarenta años. Abandonó desde luego el traje correspondiente a su sexo, sustituyéndolo con un pantalón ancho y una blusa. Un fino puñal con cachas de marfil y una valiosa pistola pendían de su cintura.

Su intrepidez en el manejo de las armas y en presentar el pecho sereno y el corazón firme antes las balas del enemigo le conquistaron bien pronto el grado de coronel.

Asesina como su jefe, supo captarse la confianza de él, de tal manera, que don Antonio Rojas no tenía secretos para ella.

A la muerte de Rojas pasó al estado mayor del general Arteaga, quien le dispensó aún más confianza, pues los encargos más difíciles y de más reserva eran desempeñados por ella.

En el silencio de la noche se la veía sola con su asistente, atravesar el campo enemigo, llevando algún mensaje o desempeñando cualesquiera otra comisión.

Se batió en varias guerras, durante el tiempo de la intervención, y en todas dio pruebas del valor que la caracterizaba.

Al fin, derrotado Arteaga cerca de Jiquilpan, fue hecha prisionera en unión de otros jefes de importancia, y conducida hasta allí, donde viéndose en poder del enemigo y sin esperanza de libertad se suicidó con un tiro de pistola.

Hubo también otra mujer, esa misma revolución, célebre por la parte activa que tomó en entusiasmar al pueblo a tomar las armas, por medio de discursos análogos a las circunstancias de entonces.

Clotilde Sapien, joven y hermosa, con unos ojos negros y rasgados, velados por una nubifera pestaña china, arengaba a los pueblos ocupando las tribunas o presentándose a los círculos donde se debatía algo sobre la revolución.

Esposa del general Ornelas, le acompañaba en todas sus expediciones.

En el pueblo de M... se entusiasmó tanto el populacho con sus discursos patrióticos que colocándola en andas la pasearon en triunfo, coronada de laurel y llevando como acostumbraba entonces un vestido tricolor.

III

OJEADA GENERAL SOBRE LA MEJICANA Y CON RELACIÓN A ELLA

Al escribir estos ligeros apuntes, no ha sido mi ánimo trazar a la mejicana con toda la exactitud que se necesita, porque ni mi inteligencia ni el poco tiempo de que puedo disponer, me lo permiten.

Voy, pues, a concluir, pero para ello echaré mano de algunas cortas ideas que serán el complemento de lo escrito aquí.

La mejicana es sobria, le basta para vivir un escaso alimento.

Su fuerza contra los escollos y los peligros es la religión de Crucificado: celosa de ella, no sabe tolerar las creencias de otros pueblos.

Es resignada, tolerante y sufrida.

Sus costumbres son rectas y puras, si se exceptúa la clase baja del pueblo, en la que la mujer se degrada, a veces, hasta hundirse en el mismo abismo del crimen.

Esta mujer, escoria de la sociedad, vive en cuartos redondos o alcaicerías, que son casas de comunidad, donde cada una paga su cuarto; allí se ve la desmoralización, protegiendo toda clase de vicios. Esta mujer adolece del defecto de la curiosidad y de la murmuración, y conoce tan bien la vida del vecino como la suya propia.

Fuera de esta clase, en que suele encontrarse alguna mujer honrada y buena, tenemos a la lépera, como el refinamiento de la anterior, es decir, la mujer arrastrada por el fango, para la que no existen ni lazos de familia ni el temor que inspira la majestad de

Dios, ni la vergüenza; para la que el rubor de una frente pura solo merece una carcajada de desprecio.

Esta mujer usa puñal y es vengativa; cuando hiere trata de matar asegurando sus golpes.

Las léperas no se conocen por sus nombres, todas tienen apodos.

Entre estas mujeres hemos visto pasar como sombras del crimen, a la Canoa y a la Patona; esta última hizo veinticinco asesinatos. Hoy, el apodo de la Zandunga, horroriza.

No se crea por esto que nuestro pueblo bajo esté tan degradado, que no haya en él una sola mujer sin dignidad y sin moral, porque, como dije antes, en él se hallan verdaderos tipos de virtud, aunque envueltos en la oscuridad y en la pobreza.

Como esta clase infeliz se desprende casi siempre la mendicidad, diré en pocas palabras algo sobre la mendiga de los pueblos, y la pajarera, que por lo regular habita en el campo, sirviéndole de choza la sombra de algún árbol o la cavidad de las rocas.

La primera es humilde, a veces se ve a la mendiga en la puerta del rico, con dos o tres pedazos de su corazón que implora como ella la caridad pública. Un sello de resignación marca su frente arrugada por una vejez anticipada y sus mejillas marchitas por las lágrimas de continuadas vigiliass,

La pajarera, que es otra mendiga, que aparece con frecuencia en los pueblos, es un tipo diferente, aunque digno de estudio.

Tostada por el sol abrasador del campo, pues como dije, en él vive, conserva una alegría trivial, que no la abandona nunca, porque para ella no hay afecciones íntimas que la mortifiquen: su pasado encierra una historia, la historia de su deshonra, motivada por la miseria, por la falta de moral, o por la seducción; pero sea cual fuer el motivo, ella lo encuentra quizá tan natural que ni se fija en él; así se la ve siempre cubierta de harapos, riendo y charlando.

Su ocupación en el campo se reduce a buscar yerbas y

aprisionar pájaros, que guardan en jaulas, para venderlos y de aquí le viene el nombre vulgar de pajarera.

Cuando hace un regular acopio de yerbas y pájaros, va al pueblo inmediato, pero no sola, sino en unión de todos los que llevan su misma vida.

Se presenta de casa en casa, vende las jaulas y regala un pedazo de palo de peonía o una raíz de yerba del cáncer, pidiendo en cambio un tlaco, una tortilla, o una enagua vieja u otra pieza de ropa con la que cubre su desnudez o la de sus hijos.

Es deseada en extremo, y aunque pide lo que necesita gusta también de tomarlo por su mano cuando la ocasión se presenta.

La mejicana, en lo general, es impresionable y ligera, de lo que resulta muchas veces que dominada por el corazón se pierde ella misma.

Como el hombre la engaña continuamente, se ve casi siempre en la dura necesidad de fingir.

Las leyes de aquel le impone, están en pugna abierta con sus aspiraciones; sin embargo, la instrucción, que siempre es un gran bien, morigera un tanto sus sufrimientos morales.

Por su corazón, que es sincero, juzga el de los otros; esta es la causa porque cuando no es el juguete de un hombre infame y desmoralizado, es la víctima destinada a llorar sobre las mismas flores que cultivó en el hermoso campo de sus ilusiones.

Si la educación que recibe fuera más sólida, se vería menos expuesta a que con frecuencia se abusara de sus prendas físicas y morales.

La instrucción es la sed de su alma; pero las preocupaciones arraigadas de antiguas costumbres, son casi siempre el enemigo fuerte que ahoga entre sus afiladas garras los destellos nacientes, quizá hijos de una inteligencia privilegiada.

El hombre se fija mucho en la ligereza del carácter que la atribuye; pero en vez de tenderle una mano salvadora contra los escollos, que por eso mismo la cercan, se complace en adular su

carácter y se vale en su misma debilidad para perderla.

Muchas son las mujeres cuyo nombre es un borrón para la sociedad, no podemos negarlo, pero son más, muchas más, las que en el seno del hogar, entre los lazos de la familia descuellan luminosas y puras, como esos globos miríficos que vemos por la noche titilar sobre nuestra frente.

¡Cuanta ternura, cuánta poesía existe en esos pequeños cuadros de familia en que la mujer, ángel tutelar de ella, vela el sueño inocente de sus pequeñitos hijos, con ese afán y solicitud que solo cabe en el corazón de una madre!

El hombre satiriza y denigra a la mujer; pero considerada respecto del hombre, no puede darse en éste mayor ingratitud.

La mujer, su compañera inseparable, es para él lo que el sol a las flores, la luz al día y el oasis al fatigado viajero que cruza los inmensos arenales del desierto.

Cuando joven encuentra en ella la realización de sus hermosos ensueños, el ideal puro de sus ardientes ilusiones; cuando la experiencia y la necesidad de formarse una familia hablan a su corazón, la tierna amante esposa endulza sus amargas, compartiéndolas con él, y le hace más llevadera su penosa existencia; cuando los años inclinan su cuerpo. Hacía la tierra, la hija de su corazón, alegría de su alma, le sonríe y le cuida con amorosa solicitud; cuando niño... ¡Oh! ¡Ningún hombre, por escéptico y descreído que sea, puede negar el tesoro inagotable de abnegación, de amor y de ternura que guardó para él la santa mujer a quien dio el nombre de madre!

Dotada la mujer de un corazón tierno y sensible, compadece al que sufre y enjuga las lágrimas del que llora.

Ama porque necesita amara para vivir, y vive para amar.

La resignación es uno de los más bellos florones que adornan el corazón de la mejicana: no se queja porque en su alma hay un fondo de caridad para perdonar y sufrir.

Si penetramos en el hospital o en el asilo hallaremos a la mujer desprendida y religiosa enjugando las lágrimas del huérfa-

no, consolando al enfermo y sirviendo de apoyo a la vejez abandonada.

Para ella la noche es igual al día, cuando se trata de procurar el bien.

Que la mujer tenga defectos, no lo niego; pero que me contesten los hombres de la actual sociedad, si ellos son capaces de la abnegación y desinterés de una mujer, en bien de la humanidad.

Sin embargo, comprende en esta parte la superioridad de nuestro sexo: esto se prueba en el interés con que le ataca.

El hombre es superior a la mujer en fuerza física: la mujer es superior al hombre en fuerza moral.

La fuerza física sufre descalabro cuando el cuerpo padece: la fuerza moral se vitaliza con los dolores y acompaña al alma hasta la tumba.

Por más que el hombre haga por combatir a la mujer en el terreno de abnegación, nada conseguirá.

Así por ejemplo la exclaustación de las monjas, de esos ángeles, que huyendo del mundo se refugiaban en la soledad del claustro, solo sirvió para fomentar el espíritu religioso de la mejicana y hacer sublime su abnegación en los sufrimientos que tuvo que combatir.

La mujer exclaustada comprendió que se coartaba su libertad con pretextos viles y rastreros, que últimamente quisieron hacer pasar como una medida de alta política.

Omito mi juicio sobre esto último y prosigo. El hombre fingía compadecerse de la que voluntariamente se sujetaba al aislamiento del claustro.

Creyó que viéndose fuera de él aceptaría la copa lisonjera de la vanidad y el placer, en cambio del perfume purísimo que respiraba en su sencilla celda.

La infeliz, al abandonar el monasterio, donde sus ilusiones se habían reconcentrado en una sola idea, la de servir a Dios, se vio asediada por libertinos sin corazón, hombres sin fe, sin moral,

que semejantes al ángel del mal se interponían ante su paso virginal, ansiosos por deshojar las rosas de su frente...

Pero he dicho que la fuerza moral de la mujer es superior a la fuerza física del hombre.

Las leyes de este persiguieron hasta el interior de las casas que les abrían sus puertas para recibirlas.

No se las permitía vivir asociadas unas con otras.

El hombre se ha jactado siempre de su valor, ¿por qué entonces tenía miedo a dos o tres mujeres indefensas que se agrupaban como las fugitivas tórtolas para vivir juntas compartiéndose los consuelos de una paternidad cobijada tantos años por el velo de la virtud?

Más tarde, en el año 1874, las hermanas de la Caridad tuvieron que abandonar, perseguidas por las mismas leyes, los asilos y los hospitales, donde tanto bien presentaban a los necesitados; no hubo gracia para ellas, como no la hubo tampoco para las monjas.

Si me excedo demasiado, tómese en cuenta que soy una mujer, y que al escribir los infortunios de mis hermanas se inflama la sangre en mis arterias, pensando en la postergación a que nos han sujetado las caprichosas leyes de los hombres.

Empero, sin embargo, hay una Providencia para socorrer al débil; y la mujer, fuerte con los sanos principios de una religión divina y robustecida con la influencia de la ilustración, se ha mantenido serena, resignada y tranquila en medio de las más azarasas y críticas circunstancias, ocasionadas por las revoluciones y los caprichos.

Como complemento de estos apuntes y para acabar de dar una idea de la mujer mejicana, en otro lugar de este libro y bajo el título de: Una boda en Tuxpan, he delineado un cuadro de costumbres, que creo digno de ser conocido.

UNA BODA EN TUXPAN

Hacia las dos de la tarde del 30 de octubre de 1872, por una solitaria calle de Tuxpan se dirigía hacia el río una pareja de jóvenes indios.

La india tendría a lo sumo diez y ocho años: era de regular estatura; el rostro ligeramente ovalado tenía un color bronceado, pero bastante claro y que le daba mucha gracia: sus ojos negros y aterciopelados como alas del cuervo, eran ardientes y apasionados; sus labios nacarados y gruesos formaban al somar dos hoyitos graciosos en las extremidades de la boca, el contorno de sus brazos y cuello era suave y perfecto.

Vestía una sabanilla negra, sujeta a la cintura por un ancho ceñidor de colores distintos entre los cuales caían sobre el pecho dos o tres rosarios de coralillo, rematando en una cruz de metal amarillo; el pelo que era bastante negro y lustroso estaba recogido sobre la cabeza con una ancha cinta encarnada, formando ese masahuil de que tanto gusta la india tuxpaneca y que la hace tan seductora; el pie que era pequeño y bien formado estaba descalzo.

Llevaba debajo del brazo derecho una batea.

El indio que la acompañaba y que era su hermano, tenía veinte años y su vestido consistía en un calzoncillo rabón de manta, encima del cual se dejaba ver otro de gamuza, abierto a los lados y formando pico en sus extremidades.

Un albate listado de azul, metido al cuello por una boquilla hecha en el centro, y atada a la cintura con un ancho ceñidor amarillo, le servía de camisa, dejando los brazos descubiertos. Llevaba el pie con guarache y una red de pescar en la mano.

Nuestros indios caminaban aprisa y hablaban el mejicano.

Al llegar a una encrucijada, formada por cuatro calles, el indio entró en un tendajón a tomar una copa de tequila, Pascuala; que así se llamaba la india se paró a esperarle. Una tos que resonó a su espalda la hizo volver la cabeza, y sus ojos se encontraron con la mirada fascinadora de un indio, que con una vara en la mano trazaba en un círculo en medio de la encrucijada.

El indio que había trazado el círculo se arrimó a la acera inmediata donde esperó a que pasaran.

Al llegar a donde estaba el círculo, Pascuala se desvió un poco del lado de su hermano y pasó por su centro.

En el semblante del indio que esperaba se irradió la alegría, y dejándoles adelantarse un poco les siguió.

Al llegar los primeros a la orilla del río, Pascuala dijo a Nicolás en mal castellano:

-Que la pesca le sea güena Nicolás; tú te quedas aquí, yo voy aer si jallo nopales, ¿lo estás?

-Anda Pascuala; mañana es vigilia, y ya sabes que mi cuادرan mucho los nopales, ¿pero no tardes?

-Pierde cuidado, -contestó ella alejándose como una exhalación.

A poco andar se detuvo junto una verde nopalera; colocó en el suelo su batea y se puso a cortar las pencas más tiernas a las que con mucha destreza quitaba las espinas para colocarlas en la batea.

No hacia gran rato que se hallaba en aquella ocupación, cuando el indio, que la había seguido a ella y su hermano, se acercó a Pascuala por entre la nopalera.

Era este un indio, gallardo, alto y bien formado, como de unos veinte y cinco años, su vestido igual al de Nicolás solo se diferenciaba en estar más aseado, y en que lo llevaba con más gracia.

Parado a corta distancia de Pascuala, la contemplaba como se contempla a una Virgen, como se contempla el sol, tras

una noche de tempestad.

Pascuala al verle, suspendió su trabajo y encendida como una granada bajó el suelo los ojos.

El sitio donde se hallaban, estaba hermosísimo; el caudaloso río, aun engrosado por las últimas lluvias de otoño, se arrastraba con estrépito en arenoso cauce; las suaves brisas con sus olas turbias, templaban el calor de la tarde; el sol derramaba un efluvio de oro sobre las copas de los árboles, y la paloma tunera arrullaba entre los espinosos nopales.

Pero en medio de tanta belleza no existía para Melchor más espacio que el que ocupaba Pascuala, más brisa que la de su aliento, más arrullo que el de sus labios, ni más sol que el de sus ojos.

De repente sacudió la cabeza como si le abrumara una idea; se coloreó su semblante y murmuró casi en voz tácita:

-Hermosa Pascuala, hoy lo has pasado por la rueda que mi mano te hizo en la encrucijada, por este señal sé que me quieres. ¿Es cierto?

-Sí, -contestó Pascuala.

-¿Lo quieres ser mi mujer?

-Lo he pasado por en medio de tu rueda.

-¿Pero no me lo engañas? -Volvió a preguntar el indio.

-Melchor yo nunca engaño a nadie.

-Bien Pascuala, ti quiero más que el sol qui nos mira cuando cante el burrión ya no estaré triste porque tú, luz de mis ojos, lo viviera conmigo en mi corazón. Te amaré como la torcaza ama su nido, como las pascuas y los plorifudios lo aman al sol.

Pascuala ruborizada bajó los ojos; su frente se dobló como una azucena acariciada por el viento; latió su corazón con violencia y sus mejillas se pusieron más encendidas que una amapola.

En aquel instante la voz de Nicolás que silbaba una sonata muy cerca de allí se dejó oír.

Pascuala sobresaltada exclamó:

-Mi hermano viene acá; vete, Melchor.

-Sí, -contestó, -me voy, hasta mañana.

-Que el Virgen de Guadalupe te acompañe.

Melchor desapareció por entre la espesura de los árboles.

Pascuala que se quedó contemplándole largo rato hasta que le perdió de vista; después tomando su batea y echándose la en la cabeza salió al encuentro de su hermano.

Pero después los dos indios tornaban a Tuxpan llevando ella su batea de nopales tiernos y él una cesta de truchas en la mano.

EL DÍA DE FINADOS

El día de finados es sin duda alguna un día lleno de melancólicos recuerdos para todos los pueblos de Méjico.

El alma conmovida renueva las cenizas de sus antepasados para entregarse a los recuerdos y a la oración.

Los templos se ven invadidos por hombres y mujeres sin distinción de clase ni edad.

Se reza por los que se fueron ayer, como mañana se reza por los que hoy existen.

Porque las costumbres de los pueblos viven la edad de ellos; se modifican, es cierto; pero no desaparecen del todo.

Se corrigen, pero no dejan de ser.

La religión divina nos impone como un deber, pero un deber muy suave y consolador, que cumpliremos por los que han pasado a la eternidad.

Las costumbres religiosas son trasmitidas por la madre cristiana al corazón de sus hijos: no pueden pasar.

Para que pasaran sería necesario que las madres no existieran y esto es imposible.

Por más que el siglo presente se sobreponga con sus mo-

dernas teorías, a esas costumbres fomentadas por la mujer, y que esta mujer sea sólidamente católica.

El hombre de hoy se complace en hacer burla sangrienta de lo que llama en nosotras fanatismo e hipocresía, ¿pero quieres ver a ese hombre en el interior de su hogar, en el seno de la familia?

¡Oh! Allí es distinto, allí escucha a sus hijos, sin enojos y hasta con alegría, hablar del templo, de tal o cual oración que su buena madre les ha enseñado; del gracioso vestido que llevaron a misa.

Allí no cambiaría a su esposa creyente y tierna por la mujer despreocupada, por la mujer que fuera de su hogar, halla quizá como la más a propósito para la educación de la familia.

Porque el hombre por más que quiere no encuentra en ella esa satisfacción íntima, esa confianza dulce que como un cielo sin nubes, estrecha los lazos que forja el amor y sanciona la religión; y que sólo puede proporcionar una mujer creyente u sensible.

Pero basta ya de digresiones; voy a proseguir.

El día de finados que nos ocupa, amaneció sereno y apacible, aún no soltaba el alba el caprichoso velo con que cubre las diamantinas perlas de su frente y su florido mantón velado por nacarados tules; aún el relente de la madrugada bañaba las ramas del alto cielo luisilacate, cuando ya las inditas iban y venían, visitando las tumbas de sus ánimas, como ellas dicen; y depositando en ellas ofrendas.

Pascuala acababa de entrar en el campo santo llevando algunos lazos de zempazuchil, los que fue colocando en algunas sepulturas. El último que le quedaba lo llevó a un sitio más apartado, en el que se destacaba una cruz pequeña; era el sepulcro de su abuela. Se hincó sobre la yerba y rezó; luego se paró y comenzó a liar en los brazos de la cruz aquel lazo que le quedaba.

Aun no había concluido su piadosa tarea, cuando entre las nieblas y frente a ella se destacó una sombra.

La india es supersticiosa por naturaleza.

Pascuala al ver aquella sombra que se le acercaba palideció.

La mujer, porque era una mujer, se detuvo y le dijo con acento sombrío:

-Pascuala agora es el día de muertos. Mi hijo está allí, y tú qui lo matates. No te acuerdas de él ni le pones en su sepultura un zempazuchil.

Pascuala se irguió y lanzando una mirada de desprecio sobre la india le contestó:

-Yo no le he matado, ¿o tuve el culpa di qui se lo echara al río?

-Sí porque ti lo quiria mucho, y quiso entrar a tu canoa.

-Pero yo no li quería, ¿y qué?

Por quierer a Melchor, con quen ti lo vas a casar: pero no li creas, ni tú ni él le sireis felices. Isidro saldrá di la tierra y el sombra suya te lo seguirá a todas partes.

La india desapareció después de lanzar aquella extraña maldición.

Pascuala se quedó parada murmurando:

-Doña Estéfana lo está loca.

Pero después se dirigió a su casa, donde se olvidó por completo del pequeño incidente que había turbado su tranquilidad y su alegría.

Pero como mis lectores no están en el caso de saber lo que había motivado aquel odio con que Estéfana miraba a Pascuala; voy a ponerlos en pocas palabras de conocimiento de él.

Hacia poco más de un año que Estéfana vivía feliz con Isidro, único hijo que tenía y al que amaba con toda la ternura de su corazón.

Isidro se enamoró de Pascuala, quien vio su amor con indiferencia, porque Pascuala amaba en silencio a Melchor quien había adivinado ya su amor naciente.

Hay hombres para quienes el amor es un tirano y el des-

precio su incentivo: Isidro era de esos hombres.

Isidro que amaba a Pascuala, con un amor frenético, luchó, pero siempre en vano.

Cuando conoció el imposible que le separaba de ella se entregó a la embriaguez; los días y las noches lo encontraban beodo. Ni los consejos de Estéfana, ni las represiones de sus parientes, fueron bastantes a apartarle del mal camino.

Los padres de Pascuala poseían una pequeña huerta, a la orilla opuesta del río.

Un día ellos y Pascuala fueron a pasar el día a la huerta; el río estaba algo crecido; entraron en la canoa, la que gobernada por los indios de los mejores nadadores de Tuxpan, comenzó a cortar la corriente, alejándose a poco de la orilla.

Isidro llegó entonces al río, estaba borracho; un pensamiento cruzó por su mente, alcanzar la canoa, entra en ella y arrastrar a Pascuala consigo al fondo del río. Como todo borracho no se detuvo a reflexionar. Se arrojó al río, y este lo arrastró en su crecida corriente.

Pascuala que le había visto caer y ser arrastrado por el río, dio un grito: uno de los nadadores de la canoa siguió corriente abajo al desgraciado Isidro. Cuando logró alcanzarlo y ponerlo a la orilla era ya un cadáver.

Desde ese día, Estéfana sólo tuvo odio para Pascuala.

Pascuala no era culpable, como se ha visto; pero el egoísta corazón de aquella madre no le perdonaba el no haber amado a su hijo.

...

No quiero pasar por alto la tarde de ese día, que he comenzado a describir, la tarde del día de finados.

Desde muy temprano comienza un paseo general.

Y digo general, porque en Méjico no hay capital, ciudad ni pueblo donde aquel no tenga lugar.

Este paseo se refiere a que todos quieren visitar la tumba o el lugar donde descansan los que amaron.

Desde el más pequeño hasta el más grande, sienten una atracción, una especie de fanatismo ideal, que los arrastra al olvidado asilo de los muertos.

En esa tarde de melancólica alegría, digo alegría porque es ese paseo doloroso, que nos atrae a ver un pedazo de tierra, en que la vanidad es polvo, tiene por principio la costumbre y por complemento las risas: en esa tarde, pues, las risueñas imágenes pasan a nuestros ojos envueltas en luctuosos crespones, pero quizá más bellas que otros días.

Y es que la melancolía de los recuerdos tiñe el horizonte de la vida, para deleitar el alma en un prisma todo amor, todo sentimiento, todo ternura.

En las capitales se ve a la mujer aristócrata colocando guirnaldas aromáticas en una tumba o regando con perfumes exquisitos la lápida de mármol que la cierra.

La mujer de la clase media teje también sus coronas, pero estas suelen estar empapadas de lágrimas, arrancadas por el recuerdo de un bien perdido, que tal vez era su única esperanza, su único apoyo.

La mujer del pueblo lleva sus flores y sus velas al humilde sepulcro de su hijo o de su padre, etc; el que solo se conoce por una cruz o por un arbusto que su mano plantó allí.

En los pueblos, aunque en inferior escala se observa la misma costumbre.

La india... pero retrocedamos a la noche del día de Todos Santos, donde encontraremos a la bella Pascuala, heroína de nuestro cuadro.

La casa de Pascuala se compone de un cuarto, una salita, sin más luz que la que le comunica una ventana, tan pequeña que con dificultad asoma por ella el busto de una persona, y una puerta baja de una sola mano que cae a un corredor interior, sostenido por tres palos gruesos, un tejaban le sirve de cocina, en el patio se ven

varias plantas colocadas sin simetría; pero que le dan cierta gracia.

A la cabecera de la salita hay un altar alumbrado por varias velas de sebo. En las gradas de este altar se ven en distintos puntos algunas bateas que contienen chayotes y calabaza cocida, plátanos, zapotes, naranjas, chirimoyas y algunas frutas, clotes y tamales.

Pascuala y sus padres con religioso silencio, después de haber rezado el rosario a sus ánimas, aguardan sentados en un banco, la llegada de los que salen a visitar las ofrendas y a los que en cambio de un Ave-María se les da algo de aquella fruta.

Daba el toque de ánimas cuando Melchor penetró con algunos parientes.

Arrodillándose el pies del altar como es costumbre, rezaron tres Padre nuestros y se levantaron.

Pascuala les dio alguna fruta; pero al acercarse a Melchor, le dijo que voz queda:

-Toma este plátano que te da mi corazón.

-Tus deudos y los míos. -Contestó Melchor, -bendigan desde el cielo nuestro amor.

-Así sea, -murmuró Pascuala.

Un indio como de unos cuarenta años se acercó a Melchor. Era el padre de Pascuala.

Los indios ya viejos acostumbran no cortarse el pelo y este lo recogen en una trenza, después de alisarlo muy vienen la frente.

Ambrosio, pues, tenía una trenza entrecana bastante gruesa, que tendría a lo más dice pulgadas de largo.

Poniendo una mano en el hombro de Melchor, le dijo:

-Cuando el sol despunte en el cerro de la india, llevaremos al señor cura el ofrendo. Lo quedas convidado, ¿eh?

-No lo dejaré de venir, -contestó Melchor.

Pascuala se sonrió y fue a sentarse en el banco que antes ocupaba.

Entretanto los indios entraban y salían.

Es una costumbre entre el altar de ofrendas. No hay una casa de indios esa noche donde no le haya. Místicamente se visitan

sus altares los unos a los otros; y no es extraño ver entre ellos a la gente de razón, la que va por curiosidad o por pasar el tiempo a recibir un chalote o un pedazo de calabaza endulzada, en cambio de un Padre nuestro, quizá mal rezado.

Al siguiente día, por la mañana, día de finados, quitan los altares y llevan al campo santo las ofrendas que sobran.

Allí pagan un responso a sus ánimas y entregan la ofrenda al padre cura.

Las calles de Tuxpan presentan entonces grupos encantadores de indios.

Las indias que están criando vana acompañar la ofrenda con el chiquito a la espalda, el que va colocado en un ayate, que se amarran hacia el pecho pasándolo por debajo de los brazos, mientras con ambas manos hilan el algodón con el malacate al viento, pero con tanta destreza como si se encontraran sentadas al pie del jacalazúchil que crece en el patio.

Estos grupos van a veces amenizados con la chirimía, la música de viento y los cohetes.

Creo inútil añadir que para dar cumplimiento a esta costumbre había convidado Ambrosio al joven indio, y que esta ofrenda fue llevada con religiosidad, entre las seis y siete de la mañana al campo santo.

Pascuala, como hemos visto, se había anticipado, colocando al alba algunos lazos de flores en las tumbas de sus deudos.

SEMANA SANTA

Han pasado algunos días, sin haber seguido de cerca a nuestros enamorados indios.

Nos hallamos en la Semana Santa; es decir, en la noche del Miércoles Santo.

El ambiente puro y embalsamado hace gemir las hojas de los árboles: la luna derrama torrentes de luz sobre el pequeño pueblecillo de Tuxpan: la cima del nevado de Colima, parece tocar

con su arrogante penacho de nueve, la cortina diáfana del cielo, bordada de rutilantes estrellas; el cerro de la india o mujer dormida, sobre cuyo fondo azul se destacan ligeros vapores o nubecillas, reclinando muellemente a la falda de los volcanes, parece la sumisa y risueña doncella que tiene orgullosa a los pies de su señora.

La música, los cohetes y la chirimía, entre una multitud de indios, conducen los patoles a las puertas de las capillas. Estos patoles tienen sus capitanes.

Sigamos uno de estos patoles, cuyo capitán es Ambrosio y donde encontraremos a nuestros personajes.

El patole es una especie de portada que colocan a fuera de la puerta de las capillas; levantada sobre dos latillas; va tejida de lazos de zimpazuchil cabezas de negro y clavellinas, cuyos colores amarillo el de unos y morado el de los otros van armonizando las culebrillas, alfajares u otras figuras por el estilo. En torno del patole. En torno del patole colocan racimos de plátano, cocos, piñas, cicos y otras frutas.

Estos patoles permanecen en la puerta de las capillas hasta el Sábado de Gloria por la mañana en que después de la misa los quitan para llevarle al señor cura toda la fruta que contienen.

Ambrosio y Nicolás, ayudados de otros indios y seguidos de la música se dirigieron a la iglesia a colocar el patole.

Pascuala que iba con otras amigas siguiendo el patole se detuvo a una corta distancia y sus ojos comenzaron a dirigirse a todos lados. No había visto a Melchor y esto la tenía inquieta.

De repente, cuando menos lo esperaba, una voz dulce y varonil, le dijo al oído:

-Pascuala mía, dime, ¿onde lo puedo hablar contigo?

-Mañana en la vilada de tío Lucas, -contesto ella.

-¿Lo irás, tú..?

-Soy el doncella de la muerte: iré.

-Entonces, mi cielo, hasta el vilada.

-Entrando el paso, te espero.

-No faltaré.

Melchor se alejó, temiendo ser visto.

Entre la algazara y los gritos de ¡deténganlo! ¡Más fondo al pozo! ¡Con más cuidado! Ambrosio colocó el patole el que fue contemplado largo rato por los indios, y saludando con una salva de cohetes.

Ambrosio se volvió a su casa después de pagar a los músicos, y tomarse con todos los acompañantes una copa de Sequila.

Pascuala con el corazón palpitante y la imagen de Melchor en la mente le siguió.

Las enamoradas duermen poco; así es que Pascuala pasó casi toda la noche soñando despierta.

La semana mayor tocaba a su fin, y Melchor le había dicho que si sus padres aprobaban su amor, sería la boda en la Pascua.

Ella estaba casi segura de su aprobación, porque conocía la predilección con que sus padres miraban a Melchor.

Pascuala, pues, como toda mujer, veía el horizonte de lo que llamaba su dicha, y le temía.

El matrimonio para la mujer es un paso de amor; pero un paso que la sobresalta, porque la hace a veces resbalar en la pendiente de la vida hasta tocar la sima del abismo.

Pero supuesto que la pluma tiene el don de abreviar el tiempo y las distancias, dejémonos conducir por ella a la noche del jueves.

Esta noche, sublime para los cristianos, porque en ella se operó el grande misterio de nuestra augusta religión; porque en ella el Dios inmortal por naturaleza, quiso sellar con amor una vida que era todo amor hacia el hombre; esta noche, repito, atrae a la contemplación y llena el alma de bienhechora beatitud.

Todo cuanto en ella nos rodea, tiene el poderoso encanto de una melancolía indefinible.

Parece que nuestros sentidos están sujetos por una misteriosa cadena.

El recuerdo de la Redención nos absorbe por completo; nuestro pensamiento se eleva, por decirlo así, sobre las de la tierra.

A las siete, de la noche de que hablamos, una procesión de más de treinta Cristos, precedida por cinco muertes arrasadas en sus carretillas, después de recorrer la calle de la Estación, daba vuelta a la pequeña plaza de Tuxpan.

Como mi objeto al detallar una boda en Tuxpan y describir algo las costumbres de allí, voy a ocuparme ligeramente de estas procesiones tan usadas entre los indios, no sólo allí sino aun en otros pueblos de más categoría.

Comenzaré por decir que a cada Cristo, y aun a la muerte, se le da al nombre de paso.

La compostura de cada uno de estos pasos es hecha de unas andas de palos gruesos y bastante elevados; en el centro de estas andas levantan dos latillas en forma de cruz, estas van sostenidas a los lados por unas horquillas de madera y de altura proporcionada a la cruz, tan necesarias que sin ellas la compostura que es bastante voluminosa y elevada, vendría al suelo.

En las latillas que ocupan el centro colocan el Santo Cristo, en medio de un armazón de carrizo, la que formada de papel de colores, algodón teñido y oropel, forman nubes, eses, jarrones, palomas o ruedas, según el gusto del dueño del paso.

Todo esto es de un gusto desagradable, pero de bastante trabajo y adornado con ramos de flores artificiales, ángeles de madera y querubines de papel. A veces el Cristo es tan pequeño que apenas se divisa entre la compostura.

Debajo de las andas, que no están cubiertas por ningún lado, van dos o tres indios con botellas de tequila, para que tomen los cargadores, que son treinta o cuarenta, durante la procesión.

De los brazos y pies de la imagen penden unos cordones gruesos y encarnados que tienen a distancia de ocho a nueve pulgadas un nudillo o botón.

Cada una de estas cuerdas es tomada por un penitente.

Los penitentes visten una túnica encarnada, sin adorno ninguno, y llevan la cabeza adornada con un paño de mismo color.

En el centro, cerca del paso a quien alumbran, se colocan las indias que llevan cirios. Estos cirios de cera encarnada, son de arroba, de a media arroba, o de tres cuartos de arroba, según la manda de la india que lo lleva. Acompañan a la procesión dos o tres músicas de viento, tocando coros.

Por lo que hace a las muertes, se coloca a las chicas delante de la más grande, que es la madre de las otra, según dicen los indios. El nombre de las muertes es de *Ambrosia*, y van alumbradas por puras doncellas con velas de sebo.

Hecha esta reseña, sigamos a la muerte grande, donde hallaremos a Pascuala, figurando entre las doncellas que allí iban.

Melchor confundido entre la multitud, procuraba permanecer cerca de ella lo más que se podía.

Las miradas de ambos se encontraban a cada instante. Los dos eran tan felices que no habrían trocado su felicidad por nadie.

Cuando la procesión llegó al atrio de la iglesia, cada paso fue llevado a la casa del mayordomo.

La muerte fue conducida a la casa del tío Lucas, Pascuala y Melchor llegaron con ella.

En seguida el tío Lucas repartió entre toda la indiada que allí había el agua de tamarindo preparada con anticipación para recibir el paso.

Pascuala hizo una seña a Melchor, después del reparto del agua, y poco después tomando algunas precauciones se dirigió a una pequeña huerta que había en la casa.

Melchor hizo lo mismo, pero en vez de seguirla salió a la calle y salvó la barda que le separaba de la huerta.

Una mujer le vio brincar, y rápida como el rayo, se introdujo en la huerta, sin ser vista por nadie, por la casa del tío Lucas. Ocultóse tras un zapote con el mayor silencio.

Melchor se acercó a Pascuala, diciéndole:

-El luna que se refleja en tu frente no es más líquida que tú, mi dueño.

-¿Diveras Melchor?

-En el precisión, Pascuala, no vi el santo, ni güi el música por mirarte a ti; lo estabas tan bonita con el vela en la mano...

-Por cuadrarte, Melchor, trujiera vela todo el año.

-Mira, sol de mi vida, ¿verdad que el otro año, no lo verás ya el doncella de la muerte?

-Ni quero verlo, -contestó Pascuala, -esto quera decir qui no te lo casabas conmigo. ¿Y cuándo mi pidis?

-El lunes Pascuala, Dios mediante, porque quiero que en el otro luna nos eche el padre la bendición.

-Bien Melchor, el hombre lo vale por la palabra; no se te olvide.

-Minos cuando tú me lo dices.

La mujer que se hallaba oculta se adelantó hacia ellos con además amenazador:

-¡Si se casarán! ¡Si se casarán! Pues Estefana, el madre di Isidro se estará siempre entre los dos.

Antes de que los jóvenes volviesen de su estupor, se alejó por entre las matas dando una estridente carcajada.

-¡La india hechicera! -Murmuró Melchor con pánico sobresalto.

-¡Huyamos de aquí, Melchor, antes de que lo di aviso a mí padre!

Melchor saltó la barda poniéndose de un brinco en la calle.

Cuando Pascuala le vio desaparecer, salió diciendo para sí.

-¡Siempre ña Estefana o yo tengo el miedo de sus hechizos!

Voy a pasar por alto el pedimento, que como Melchor había dicho, tuvo lugar el lunes de Pascua; siendo pedidosores los padres del novio, y en el que se ponderaron por ambas partes las cualidades de los hijos.

Los indios, por lo regular, no acostumbran poner plazos; así fue José y Lina, ese mismo día, llevaron a su hijo la deseada

respuesta, después de lo cual sacaron a Pascuala de su casa, para aposentarla en la casa parroquial.

Los indios cuando van a casarse nombran su cuadrilla de madrina, tanto el novio como la novia. Estas madrinas que son tres o cuatro por cada parte, llevan a las novias a confesarse, los visten el día de la boda y los llevan a su casa.

Tres o cuatro días antes del casamiento se traen a la novia del curato a su casa.

Explicaos estos antecedentes, sigamos a nuestros jóvenes indios la víspera de su casamiento.

Serían las siete de la mañana cuando Pascuala, acompañada de sus madrinas, llegó a la iglesia.

Melchor entró poco después. Ambos iban a cumplir, e iban poseídos de un religioso respeto.

Cuando pasó la misa los novios fueron sacados por las madrinas a la puerta del templo, donde le dieron a cada uno un tecomate de cirian lleno de chocolate y cuartilla de pan.

Aquel desayuno era el único alimento que debían tomar ese día.

Melchor y Pascuala apenas habían osado mirarse; tal era el respeto que les inspiraba la sagrada comunión, por medio de la cual se prepararon para unirse otro día con el indisoluble lazo del matrimonio.

A las cuatro de la tarde del mismo día la música y la chirimía, tocaban alegremente en la calle, frente a la casa de Melchor.

Los parientes, madrinas ya amigas del novio se encontraban allí formando círculo; los vasos de tequila se vaciaban a gran prisa y la algarabía que formaban era tan grande que tenían necesidad de gritar para oírse. La animación rayaba en locura cuando salió Melchor cabrestando un becerro de dos años, grande y muy gordo; el animal azorado sin duda a la vida de tanta gente trataba de soltarse, haciendo de esta manera lucir la fuerza de destreza de Melchor en sujetarlo.

Cuatro indios dieron la señal de marcha con una salva de

cohetes, e inmediatamente aquella comitiva, llevando en medio al novio a otros indios, de los que unos llevaban una botella de vino y el otro llevaba un chiquihuite con cuatro reales de fruta y cuatro reales de pan, se dirigieron a la casa de la novia.

El becerro fue muerto esta misma tarde para la fiesta del otro día.

José y Melchor repartieron entre todos los parientes el pan y la fruta; en seguida el primero destapa la botija para obsequiar a sus consuegros y parientes .

Poco después se hallaban todos más a medias, como se dice vulgarmente.

Sólo los novios que nada habían tomado se conservaban en su juicio.

Basilia se acercó a un grupo de indias, derramando algunas lágrimas, y dirigiéndose a una de ellas le dijo:

-¡Ay! Comagre, cuan ingratos son los hijos.

Entonces una india regordeta y fresca todavía le contestó abrazándose al cuello de ella:

-Tú también lo quisiste, comagre, ¡ay! ¡qué tiempos cuando te lo casaste con ño Ambrosio! Y qué contenta lo estabas.

Basilia levantó la cabeza con satisfacción, y dijo:

-Comagre de mi alma, no mi lo acuerdes porque mi dan ganas di volverlo a casar.

Estos diálogos poco más o menos eran los repetidos por todas las indias.

A la oración se volvió el novio a su casa con todos los que lo acompañaban.

Poco después todo había terminado, quedando sólo los preparativos para la boda.

Al amanecer del día siguiente, que era sábado, las madrinas de la novia fueron a vestir a Melchor, llevándole parte de Pascuala, camisa, calzones y ceñidor. Las madrinas del novio hicieron lo mismo con Pascuala.

Poco después se dirigieron a la iglesia, acompañados de sus parientes.

Pascuala llevaba una mantilla de paño negro sujeta a la cintura con un ceñidor encarnado y un glotón de género de lino cerrado en los hombros con exquisitas randas y adornadas ambas cosas en profusión con listones encarnados y verdes. El maztahul graciosamente caído sobre la espalda dejaba ver dos trenzas negras y grandes, cuyas puntas terminaban con un moño de listón morado. Rodeaban su cuello y sus brazos gruesos hilos de abalorios y tres rosarios de granate y otros tantos de coralillo adornaban el pecho llegando hasta la cintura.

Pascuala estaba hermosa con sus diez y ocho abriles, la pureza de su frente y el fuego de sus ojos.

Melchor la miraba a hurtadillas y sonreía de felicidad.

El recuerdo de Estefana había desaparecido por completo.

En el mundo de sus ilusiones no existía más que su amor.

Al entrar en la iglesia, cambiaron una mirada tierna y expresiva.

En aquella mirada se leía una promesa realizada y una esperanza por realizar.

¡La esperanza de la felicidad!

La felicidad es a veces tan caprichosa, que cuando tocamos la pinta de sus alas, se aleja de nosotros y se pierde en la inmensidad de nuestros deseos, nunca satisfechos.

Cuando hubo terminado la ceremonia, cuando el sacerdote bendijo un amor y sus almas quedaron refundidas en una, se dirigieron a la puerta del templo, donde las madrinas les colocaron a cada cual en los hombros dos mancuernas o, lazos de junquillo verde sembrados de flores naturales y una corona, en la cabeza.

Estas cornas, que tienen la forma de una tiara, son hechas de penca de magüey sobre un armazón de carrizo y adornadas de bastantes flores, en que se ve resaltar la encendida rosa de Pascua y el pajizo jacalazuchil.

La altura de estas coronas no es menos de media vara y son tan pesadas que los contrayentes apenas pueden con ellas.

Cuando un casamiento es a disgusto de la familia de los novios, las coronas van tejidas con mayor número de pencas adornadas con una que otra flor.

Pero prosigamos; cuando nuestros novios estuvieron coronados, fueron llevados con música y cohetes a la casa del novio.

La chirimía guiaba aquella especie de procesión.

La chirimía es compone de dos indios; uno de ellos toca un tamborcillo, y el otro un pito hecho de oate agujereado por varias partes, este dúo musical imita muy bien las tocadas, usando siempre las más trilladas y vulgares; y lo usan los indios en todas sus funciones.

Pascuala y Melchor no cesaban de mirarse.

¿Pero qué les importaba las miradas de sus ojos si sus razones latían tan cerca el uno del otro?

La felicidad esa diosa que tiene color de rosa el horizonte de las enamoradas, esa voluble maja que juega con nuestra credulidad se cernía sobre ellas.

Pascuala encarnada como los ramos del coral que abanica el pirul entre sus verdes hojas, sonreía de vez en cuando viendo pasar ante sus ojos, los risueños fantasmas de su enamorado corazón.

En la casa donde llegaron en una cabecera de la salita, había un altar; al pie de dicho altar un banco.

Los novios hincados de rodillas junto al banco recibieron la bendición de sus padres, que se acercaron uno después de otro a cumplir con aquel religioso deber.

Las madrinas ordenaron después que los novios se sentaran en el banco; entonces dos de ellas se quitaron las coronas, que fueron colocadas a los pies de los novios, quedando en el centro un sahumero de copal y cáscaras de naranja y dos velas de sebo ardiendo.

Pascuala y Melchor no atreviéndose a mirarse de frente, permanecieron allí hasta las cuatro de la tarde dándose un poco la espalda.

Pero dejándoles pasar el día aislados y solos en aquella pequeña sala, sentados en el banco de donde, por ningún caso, pueden levantarse; para dar una ojeada sobre los demás personajes que figuran en nuestro cuadro.

El corredor y el patio se hallaban llenos de indios de ambos sexos.

Sentados en un pretil de adobe Basilio y Lina, teniendo la último un vaso de tequila en la mano, lloran por sus hijos, mezclando a sus lágrimas las risas motivadas por los recuerdos de sus tiempos, y los gestos arrancados por el tequila.

Entretanto dos retahílas una de los indios y otra de las indias, entre las que hay dos o tres con el niño en a la espalda bailan alegremente junto al mariache, jarabes y sones.

Los indios bailan con la frazada al hombro, y el sombrero puesto.

Uno y otro siguen al compás menudeando el paso y dando ligeras vueltas, pero con la cabeza inclinada.

En medio del patio entre los indios hay cuatro ollas hirviendo en fogones hechos en tres piedras que nombran paranguas; estas ollas contienen guajolotes en su pipian , cuachala de gallina, pozole de carne de cerdo y chilallo con carne de res,

Los vasos de tequila y las bolsas de pulque se cruzan.

José, Ambrosio y Nicolás, apenas pueden tenerse en pie.

Una india alta, regordeta, deja caer una mano sobre el hombro de Ambrosio, quien por poco besa la tierra diciéndole:

-¡Viva el fandango, comagre!

-¡Ay comagre y qué fuerzas lo tienes!

-¿Cuándo lo casa Nicolás?

-No tardará; y el ojo lo tiene echado.

-¡Viva el jolgorio! ¡compagre dimi alma!

Las madrinas interrumpieron este diálogo ordenando que

todos se sentaran a comer, lo que hicieron poniéndose en cuchillas unos, y otros en las pretiles y bancos.

EL CINDÁCUAL

A las cuatro de la tarde sacaron a los novios de la sala a la calle, con sus mancuernas y coronas, los pararon en la encrucijada más inmediata a su casa con el mariachi a un lado.

Toda la indiada formó círculo en torno de ellos; las madrinas conducían un palo bastante largo lleno de coronitas de cempasúchil y funquillo.

Iban a comenzar el cindácual; esto es el reconocimiento de los parientes, por ambas partes.

Lina se acercó a Pascuala, y haciendo dos o tres inclinaciones de cabeza la abrazó; y Pascuala, arrodillándose le besó los pies y las manos.

Entonces, una de las madrinas, le puso a Lina en la cabeza una de las pequeñas coronas que contenían el palo.

Después de Lina siguió José con quien se repitió la misma ceremonia; enseguida fueron abrazando a Pascuala todos los parientes de Melchor, ésta les correspondía con un abrazo y la madrina les ponía una corona.

Cuando terminó el reconocimiento de Pascuala, siguió el de Melchor, con quien hubo las mismas ceremonias.

Concluido este acto presentaron a la novia quince o veinte chiquihuites, unos con loza corriente, y otros con loza fina, un metate, un petate, para que durmiera y otros para que si hincara a moles.

Toda esta loza debía servirle para los cargos que en adelante tuviera que desempeñar.

Terminando el cindácual, toda la concurrencia acompañó a los novios a la casa de su nuevo domicilio, donde estaban pre-

parados por las madrinas un nudoso tronco, una hacha y una olla de nixtamal caliente.

Cuando se quedaron solos, Pascuala se hincó a moler aquella olla de nixtamal para hacer atole; y Melchor tomó el hacha para rajar la leña con que debía cocerse.

Las costumbres entre los indios son inquebrantables.

Nadie se atreve a faltar a ellas; las cumplen con religiosidad.

Fanáticos y supersticiosos, creen que faltar a ellas es labrar su desdicha.

¡Consecuencia necesaria de su falta de educación y de su ignorancia!

EL ATOLE NUEVO

Al amanecer del día siguiente, se reunieron en la casa de Pascuala y Melchor todos los parientes, y se dio principio a la última ceremonia de aquel ruidoso casamiento.

La música, los cohetes y la chirimía, se dejaron oír tan alegres como la víspera.

-¡El atole nuevo! ¡El atole nuevo! -Gritaban los muchachos aventando los sombreros para arriba y batiendo alegremente las palmas de las manos.

Pero sigamos a los muchachos para ver lo que causa tal alborozo en ellos.

Voy a explicarlo a mis lectores.

De la casa de Pascuala salieron dos indios, llevando cada uno una olla de atole en la cabeza, tapada con una servilleta muy blanca, tejida por la novia. Seguían a estos los tolimatecas bailando el cholo; un poco más atrás los novios con sus coronas y mancuernas, y por último la música y demás indios, completando el cuadro, y entre los cuales se destapaban de cuando en cuando alguna botella.

Antes de continuar voy a decir algo más sobre los tolimatecas.

Estos se componen de dos o más indios e igual número de indias, los que bailan junto a un mariachi, que los sigue.

Las tolimatecas llevan un rebozo terciado del hombro derecho a la cintura y amarrado debajo del brazo izquierdo, y a más sombreros de ancha ala con listones; los tolimatecas llevan una banda encarnada también terseada, listones y flores en el sombrero. Bailan un muñeco de pan el que se pasa del uno al otro.

Este muñeco representa para ellos la familia.

Y por esto quizá no hay entre los indios un casamiento sin tolimatecas; pero sigamos a los novios a su casa.

Después de recorrer las calles del pueblecillo que nos ocupa, llegaron a ella, pero se detuvieron en la calle, donde aun tenían que permanecer algún rato, hasta que terminará el baile del cholo.

Los novios daban la espalda a su casa, mientras los demás indios bebían, gritaban y hacían mil pantomimas referentes a la fiesta, y los tolimatecas bailaban el muñeco de pan.

La alegría era general en todos, y la naturaleza parecía participar de ella.

La mañana estaba deliciosa; el vientecillo jugaba en las clavellinas y tabachines; las enamoradas alondras gorjeaban en las ramas de los zapotes; el sol comenzaba a dorar los llanos de esmeraldas; el río se arrastraba impetuoso sobre la plateada arena, argentado de perlas sus fértiles orillas; nacarado horizonte formaba un aéreo pabellón que flotaba sobre el hermoso y azulado Cerro de la India; en la diamantina falda del volcán de nieve se reclinaban perezosamente blancas y vaporosas nubes que de cuando en cuando arrojaban un transparente velo sobre su plateado cráter.

Sólo el volcán de fuego imponente con su plumizo penacho de humo parecía desafiar aquella naturaleza sonriente que se extendía en torno de aquella fiesta, cuya sencillez contrastaba con la vanidad de nuestras costumbres.

Poco a poco la atmósfera pareció condensarse: las hojas de los árboles se cubrieron de una capa cenicienta; pero nadie se había fijado en el cambio operado por adversario tan terrible.

De repente, Pascuala que había levantado los ojos, lanzó un grito de espanto que fue escuchado por todos como la vibración de un rayo, como la detonación de una bola que hubiese caído entre ellos.

Los tolimatecas suspendieron su baila, los indios todos con el rostro desencajado tenían los ojos fijos en una lengua de fuego que se extendía sobre el horizonte, el humo cada vez más denso semejava el sudario de un fantasma saliendo de la tumba, para destruir con realidad el efímero sueño de la vida.

Un niño de cuatro años que se hallaba inmediato a Pascuala comenzó a llorar desafortadamente.

La palidez de Pascuala aumentó y sus pies flaquearon como si le faltase tierra en que apoyarse.

¿Por qué? Una india se le acercó con fatídico acento diciéndole al oído:

-¡Pascuala! ¡Pascuala! De mal agüero es para ti ese volcán; en tu fiesta ha llorado un niño; ¡Dios mi venga; tú lo serás muy desgraciada!

Pascuala se apoyó en el hombro de Melchor, cerrando sus hermosos ojos, como si quisiera huir de aquella visión, de aquella mujer que le presagiaba desgracia, mientras éste con los ojos fijos en el volcán, estaba muy lejos de pensar en la verdadera causa que motivaba el espanto de su amada.

Poco a poco cesó aquella repentina erupción; los indios se retiraron a sus casas impresionados por aquel contratiempo; Pascuala y Melchor entraron en su casa.

Entonces la india que había aterrorizado a Pascuala de alejó murmurando:

-¡He sabido engañarla, su miedo hará lo demás! ¡Estoy vengada! ¡Estoy vengada!

Aquella mujer era Estefana.

UN ENTIERRO

El 7 de mayo de 1870 la casa de Pascuala se encontraba llena de gente.

En medio de la salita, tendido en una mesa sobre un lecho de flores se veía un niño muerto, de tres a cuatro meses de edad.

Tenía una corona de oropel con flores blancas y encarnadas en la cabeza y una palma en las manos.

El arpón tocaba sones que eran bailados por algunos de los asistentes.

Nicolás, que también se había casado, tiraba de cuando en cuando algunos cohetes.

Pascuala había sufrido un cambio notable; un bello tinte de melancolía se dibujaba en su semblante un tanto enlutado.

De cuando en cuando sus tristes ojos iban a fijarse en el ángel, con esa dolorosa expresión de madre, que, perdiendo a su hijo, ve evaporarse una a una todas sus hermosas ilusiones.

Sentada en una pequeña silla de tule, parecía no fijarse en el alegría de los demás.

Melchor se acercó a ella, diciéndole:

-Pascuala, se ha llegado el hora de que lo enterremos.

-Sí, Melchor, pero lo sabes de que murió mi hijo.

Melchor se estremeció, fijando en Pascuala una mirada terrible.

Pascuala continuó:

-Ña Estefana li hizo ojo.

-¡Oh! Yo me vengaré de ña Estefana.

-¿Y los monos? Esa mujer nos hace desgraciados, ya lo miras y no podemos hacer nada contra ella porque es hechicera.

Melchor apretó los puños con rabia y se alejó.

Como se ve la credulidad de Pascuala le hacía desgraciada.

Estefana pasaba a sus ojos como una mujer temible, y aunque el hijo de Pascuala había muerto de calentura, ella juzgaba que su muerte era causada por el ojo.

A las cuatro de la tarde las madrinas del ángel colocaron a éste en el cuello dos mancuernas de junquillo.

Estas mancuernas eran las que le habían de haber puesto en su casamiento y que es indispensable acompañen al ángel a su sepultura.

En seguida fue llevado entre una numerosa comitiva de indios de ambos sexos, a la última morada, con música de viento y cohetes.

Poco después, todo aquel acompañamiento salió del campo santo.

Cada cual se volvió a su casa después de acompañar a Pascuala y Melchor a la suya.

Permítaseme añadir, para terminar mi cuadro, que ambos esposos viven sino felices, tranquilos; porque Estefana murió un año después, poniendo así termino a las amarguras de Pascuala.

Este libro se terminó en junio del 2021, como parte del trabajo de difusión de la vida y obra de la escritora jalisciense Refugio Barragán de Toscano, por parte del Proyecto Refugio Barragán de Toscano. Jalisco, México. Responsable del proyecto Didiana Sedano. Sevilla
Queda prohibida la comercialización de este ejemplar.

proyecto.refugiobarragan@gmail.com
facebook.com/refugiobarragancarrillo